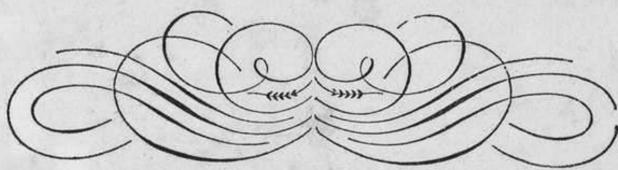


EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO QUINTO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES PROPIETARIOS

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, N° 10.

—
1855

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO QUINTO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

E. DE LAROSALLE Y HERMANOS, EDITORES PROPIETARIOS

CALLE DEL FAUBOURG ROYAL, N. 10.

1853

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 14. — N° 105.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

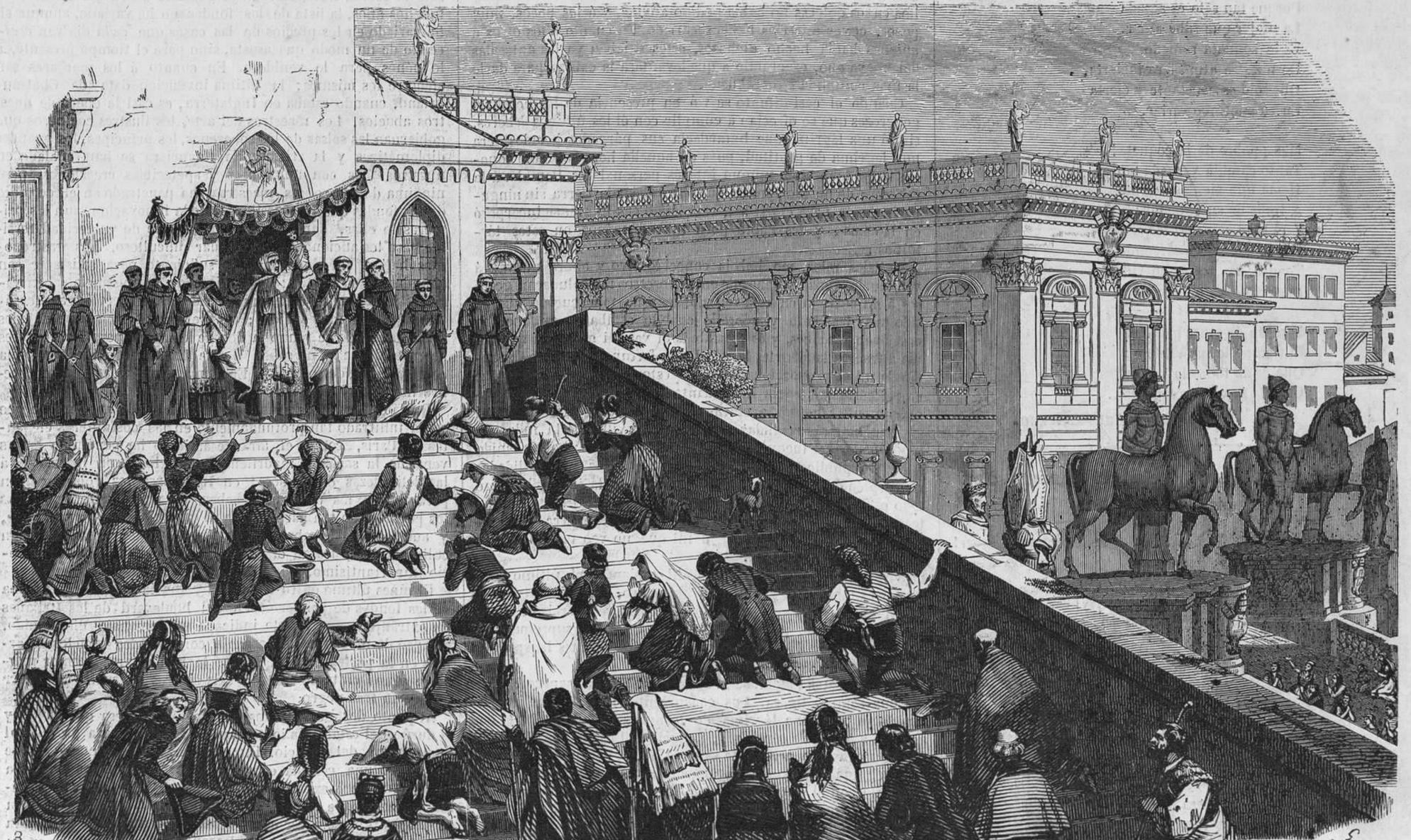
La bendición del niño Jesus en Roma grabado. — Coquetas y coquetería. — A una rosa deshojada en manos de una dama. — Revista de Paris. — Telegrafía sub-marina. — Costumbres del día de año nuevo; grabado. — Regocijos chinoscos; grabados. — Julia y Beatriz. — Niágara. — Impropiiedad en el uso de algunas palabras. — Sebastopol; grabados. — Ascension al Mont-Rosa. — Los Bardos. — A una Desdenosa. — Revista de la moda. — La pesca de ostras; grabados. — La hija del capitán. — Reconocimiento y sepultura de la tumba de Bossuet, en Meaux; grabado.

La Bendición del Niño Jesus en Roma.

Una de las ceremonias religiosas mas interesantes que es celebran en la córte de Roma por esta época del año,

es la del *santissimo bambino*, ó sea la bendición del Niño Jesus y de su santa imágen en la Chiesa de Araceli en el Capitolio. Roma, como es sabido, es la ciudad de las grandes ceremonias, y por consiguiente de las pompas y de los espectáculos; allí se representan aun misterios como se representaban en todo el orbe católico en la edad media, al mismo tiempo que se celebran en los templos los oficios divinos. Desde que principia el Adviento hasta el día de Reyes, los *presepi*, ó teatrillos inferiores de Roma, están muy concurridos por la poblacion devota que, al salir de la iglesia va á presenciar en ellos como se pone en accion la sagrada leyenda del Niño Jesus en el pesebre. ¿Y qué espectáculo en efecto, puede interesar mas en estos días á la capital del mundo católico? El Salvador envuelto en pañales y tendido en el pesebre, la adoracion de los pastores advertidos por unangel del nacimiento de Jesus, los reyes magos que

acudieron de Oriente á Jerusalem para adorarle y para ofrecerle sus presentes, con los demás pormenores de esta escena del nacimiento del Redentor, tan humilde en su grandeza, tan tierna en su sublime sencillez, los *presepi* de Roma lo representan con su acompañamiento de música pastoril, requisito indispensable de la fiesta. Pero el pueblo romano abandona pronto los teatrillos y sus nacimientos para acudir en muchedumbre á la bendición del *santissimo bambino*, que se celebra con gran magnificencia. Aquella noche la Chiesa de Araceli se adorna con todos sus esplendores y riquezas, y concluidas las vísperas, tiene lugar la procesion en que se lleva al divino Niño sacado del pesebre, donde ha estado expuesto desde las pascuas de natiividad á la adoracion de los fieles.



Fiestas de Navidad. — Bendición del bambino, en Roma.

Coquetas y Coquetería.

La coquetterie est un dérèglement de l'esprit.
La femme coquette se fait hair.

LABRUYÈRE.

Es la coqueta, mujer
Que pasa alegre su vida,
Procurando ser querida
Y no pensando en querer.
Si uno llega a pretender,
Nunca de si lo rechaza,
Pues sabe, con linda traza,
Dejando a todos iguales,
Recibir los memoriales
Y no proveer la plaza.

IRIARTE.

Es de todos la mujer, —
Entiéndase la coqueta;
Ella imita á la veleta
En variar de direccion.
— ¿No has visto aquella morena
De ojos negros y vivaces,
De tranquilidad rapaces,
Y tambien del corazón?

Pues mira : guárdate de ella,
Es hipócrita, traidora;
Y si su faz te enamora,
Te separa su desden;
Amor no encierra su pecho,
Pues amor no es de coquetas —
Que jugar á todos tretas
Forma para ellas su Eden.

Agradar de toda laya
A todo ser masculino,
Es de coqueta el destino,
Y tambien su maldicion;
No conoce ella el afecto
De un amor ardiente, intenso;
Solo la place el incienso
De una falsa adoracion.

Una coqueta es el viento,
Que á todos dulce acaricia;
Es un pozo de avaricia, —
De avaricia en el amor...
Jamás ama la coqueta,
Quiere parecer amable,
Y es en ella tan inestable
El placer como el dolor.

Alucina la coqueta,
Mas al fin es despreciada,
Porque tan solo es amada
La mujer que sabe amar.
Es la coqueta remedo
De nuestra atmósfera incierta,
Que solo es constante y cierta
En su continuo variar.

Mas ¡ pobre de la coqueta!
Tanto cambia y rueda tanto,
Hasta que viene su llanto
A impedir su rotacion;
Y entónces .. cual la veleta
Por la humedad carcomida,
Tendrá que acabar su vida
Inservible en un rincon.

Y al fin de tanta gambeta,
El tiempo le hará saber :
Que es de todos la mujer
Cuando se vuelve coqueta...

J. M. TORRES CAICEDO.

A una rosa deshojada en manos de una dama.

..... And was a sweet flower!

PERCIVAL.

Son ilusiones que fueron,
Recuerdos ¡ay! que te engañan, —
Sombras del bien que pasó!...

ESPRONCEDA.

Así pasan, dama hermosa,
Los sueños de nuestra vida, —
Cual pasaron de esa rosa
Su belleza primorosa
Y su esencia apetecida.

Poco ántes nos seducía
El conjunto de esa flor, —
Porque en ella relucía
La frescura y lozanía
Y un bellísimo color.

Ora, miradla esparcida —
Sus hojas arrastra el viento:
Cada una sigue perdida,
Pues cada una es impelida
En contrario movimiento.

¿Qué se hizo la flor, señora?
¿Qué se hizo su olor fragante?
Vuestra rosa se desflora...
Y su esencia se evapora
En el céfiro ondulante...

De vuestras hermosas flores
Tened, mujeres, cuidado ..
¡No sea luego las flores,
Cuando pierdan sus colores
Al soplo del viento airado!...

Mirad esparcida la rosa en el suelo,
Sus hojas perdidas al soplo fugaz;
La esencia sabrosa que diérale el cielo,
Se llevan las auras, se llevan al mar...

La rosa tan linda, tan gaya y lozana
Cesó de mostraros su bello primor...
¡Perdisteis, Teresa, la flor tan galana, —
La flor hechicera de vivo color!..

J. M. TORRES CAICEDO.

Revista de Paris.

Otro año mas acaba de sumergirse en el abismo de los siglos, otro año que dejará un recuerdo eterno en la memoria de los hombres de todas las edades venideras. Pero ántes de dejar caer sobre el difunto la mortaja del olvido, ántes de enterrarle para siempre con sus antepasados, tratemos de reunir á su cabecera á los dichosos que haya podido hacer, si es que los dichosos de este mundo se acuerdan de los muertos para pagarles un postrer tributo de agradecimiento.

A mediados del último diciembre, el año 1854 cayó en cama con una enfermedad que los médicos mas doctos llamados en consulta no titubearon un solo instante en declarar incurable. El enfermo conocia sin duda su estado peligroso, pues no dió muestras de alteracion al oír el fallo irrevocable de los empíricos, ántes bien, volviendo hácia ellos sus ojos en los que se leía una resignacion estoica, contestó diciendo que ninguno de sus hermanos anteriores habia vivido mas de doce meses, y que por consecuencia iba á despedirse del mundo para la noche de san Silvestre.

Entónces pensó en dictar sus últimas disposiciones, y con este fin llamó al otro dia en torno de su lecho á todos aquellos cuyos dolores no habia podido aliviar, y á los pocos, muy pocos, cuyas miserias habia socorrido. En cuanto á los otros á quienes habia hecho dichosos, estos sitiaban ya las antecelas del nuevo año, esperando á que levantara la cabeza para darle la mas cumplida enhorabuena.

Cuando el casi difunto se vió en presencia de los hombres generosos que se ofrecían á cumplir con él los últimos deberes, sintió una lágrima que humedecía sus párpados helados; era una lágrima de gratitud, pues en aquella hora suprema conocia muy bien que ningun interés personal les llamaba á la cabecera de un moribundo que iba á dejar la tierra sin ninguna herencia para ellos; así, reuniendo sus fuerzas se incorporó en la cama, y les habló poco mas ó ménos en estos términos :

— Hijos míos, me habeis conocido vivo y ahora me vais á ver morir. Quizá muchos de entre vosotros me saludaron gozosos á mi entrada en este mundo, porque me acuerdo que he sido muy festejado y adorado cuando estaba en la cuna. Yo era jóven entónces, y os figurabais al ver mi gallardía que venia á traer la alegría, la salud y la fortuna; pero no dependió de mí el proporcionaros todos estos bienes. Ya sabeis que en mi corta existencia hice cuanto me fué posible hacer humanamente: he visto elevarse un palacio colosal donde mi sucesor hallará reunidas todas las maravillas de la industria moderna, señal inequívoca de mis ideas de paz; habeis tenido regocijos públicos donde el lujo ostentó sus prodigalidades mas espléndidas... pero ¡ay! el viento de la ira soplo sobre todo esto, y el terrible legado que me dejó en Oriente mi antecesor ha producido el rompimiento de una guerra, cuyo fin no me es dado pronosticar á mí que no veo mas allá de la noche de san Silvestre....

¡Voy á morir! Otro año está ahí espiando mi último suspiro para mostrarse y empuñar mi cetro. Festejadle como á mí; quizá os reserva dias mejores, quizá recogeréis el fruto de mis sacrificios, pues el cielo en su sabiduría suprema saca á veces del seno de las calamidades la felicidad mas inesperada y completa.

Y dichas estas palabras, 1854 cerró el ojo y desapareció como una sombra ligera. Los concurrentes iban á rendirle su homenaje con una lágrima de ternura, cuando un grito de alegría, seguido de otros mil, anunció la llegada del año nuevo. ¡Qué jóven y arrogante es en el dia! ¡Porqué no hemos de creer que será bueno? Sigamos el consejo del difunto; festejémosle con el corazón henchido de gozo y de frescas esperanzas, hagamos como los antiguos que saludaban el año nuevo con sus aclamaciones mas alegres, se coronaban de yedra y de rosas, llenaban de falerno sus copas de oro, y arrojaban en las urnas sus mas ricos perfumes para festejar ese nuevo don

de los dioses que les acercaba un paso mas á la inmortalidad.

A pesar de las preocupaciones de la guerra, Paris ha sido el dia de año nuevo de la misma opinion que los antiguos. En la última semana de diciembre la capital tomó ese aspecto febril y presuroso que, á la aproximacion de las grandes ocasiones y de los dias grandes, convierte á la inmensa ciudad en una colmena de ruido y de agitacion. Las tiendas ostentan todos sus esplendores; las obras maestras brillan detrás de los cristales solicitando la admiracion de esa muchedumbre de curiosos que acude de todos los países del globo. Los escaparates de las tiendas son verdaderos poemas de coquetería, de ciencia y de buen gusto. Todas las novedades de la estacion, todas las maravillas de la industria se almacenan entre las vidrieras armonizándose admirablemente.

Para ver Paris, es preciso visitarle, no en esa triste estacion que aquí llaman estío durante la cual los parisienses huyen de su ciudad temiendo los ardores de un sol imaginario, que nunca tuvo fuerzas suficientes para dar color á una naranja, sino en el corazón del invierno, en sus dias privilegiados.

Así lo comprenden muchos extranjeros de distincion, y una de las pruebas en que se reconoce la afluencia de ellos en Paris, es la actividad que reina en los establecimientos públicos, tales como los bailes, los teatros, y sobre todo las fondas á la moda. Cuando solo Paris está en Paris, en las épocas ordinarias del año, el movimiento gastronómico se nota únicamente dos veces por dia; los parisienses almuerzan de las diez á las doce de la mañana, y comen de las cinco á las ocho de la tarde. Pero echemos ahora una ojeada por entre los cristales de los *restaurants* del boulevard y del Palacio Real, y veremos que los tenedores no paran un instante. Todos los países de la Europa están allí, y cada cual come á su hora; los extranjeros curiosos que quieren aprovechar todo el dia acuden á desayunarse muy temprano, y apenas han acabado de almorzar los parisienses, cuando ya van llegando los pueblos que comen á la una, á las dos y á las tres; algunos países meridionales y la Alemania conservan piadosamente las antiguas tradiciones, la añeja costumbre de comer á la mitad del dia, y así sucede que Paris está comiendo aun cuando ya los extranjeros principian á llegar para las cenas que se prolongan sucesivamente hasta las doce de la noche.

En este mes que han empezado ya los bailes de máscara y los grandes espectáculos de la vida nocturna, se va adelantando; Paris principia á cenar cuando los extranjeros rezagados se levantan de la mesa, de modo que los grandes establecimientos gastronómicos están llenos de gente desde por la mañana hasta por la noche, y desde por la noche hasta por la mañana; en una palabra, están ocupados las veinticuatro horas, con raros entreactos.

Esta muchedumbre, cada vez mayor, de extranjeros que vienen á sentarse en el banquete parisiense, impone grandes obligaciones á los establecimientos que invaden: huéspedes de tanta distincion merecen que se les sirva segun su gusto, segun las tradiciones de su cocina nacional, y los fondistas de Paris deberian hacer serios estudios en las hornillas y fogones de todos los pueblos para tener dispuestos siempre los manjares favoritos de todos los países de la tierra. Desgraciadamente la cocina francesa no se halla á la altura de las circunstancias; es una industria que adelanta poco, y es extraño que cuando todo ha cambiado, cuando todo ha progresado en el mundo, solo la cocina francesa se haya quedado á la zaga. Desde hace muchos años, la lista de las fondas no ha variado, aunque sí, ha variado en los precios de las cosas que cada dia van *creciendo* de un modo que asusta, sino para el tiempo presente, á lo ménos para lo venidero. En cuanto á los manjares son siempre los mismos; la última invencion data de Chateaubriand, cuando estaba en Inglaterra, es casi la época de nuestros abuelos. Los maestros del arte, los ilustres cocineros que gobiernan las salsas de los soberanos, los príncipes, los grandes diplomáticos y la aristocracia financiera se han señalado en nuestros dias con numerosas y apetecibles creaciones, pero ninguna de esas obras maestras, ha penetrado en el dominio de las fondas que, inaccesibles á toda innovacion, aun las primeras de ellas, han caído en una especie de vulgaridad terrible para los aficionados de paladar dificultoso. Los gastrónomos hallan sin duda materia suficiente para satisfacer con abundancia su apetito; los amigos de la opulencia saben varios sitios donde les esperan ricos salones, un servicio aristocrático y precios muy subidos; los elegantes tienen sus cenáculos favoritos donde se reúne la flor de la moda; pero los hombres de gusto delicado, no saben donde hallar por su dinero, una comida digna de su gusto. En suma, las fondas solo son buenas hoy para las gentes de apetito copioso.

Quizá esta es una de las consecuencias de la anglomanía que se ha infiltrado tan profundamente en las costumbres elegantes de Paris, como el afrancesamiento ha penetrado en las venas de la sociedad madrileña. Los ingleses son insensibles á las delicadezas de la mesa; en Inglaterra los pobres comen para vivir y los ricos para beber, pero por fortuna no todos los pueblos son tan bárbaros en el capítulo de la gastronomía, y aun se ven hombres en Paris que poseen cierta erudicion culinaria y que tratan el asunto de su comida como un negocio importantísimo.

El lunes último entró á las seis y media de la tarde en una de las fondas de primer orden del boulevard de los Italianos un extranjero cuyo porte indicaba un personaje distinguido. Se apeó de un hermoso carruaje con grandes escudos de armas en la portezuela, el lacayo le habia llamado señor marqués, y una cinta de cuatro ó seis colores adornaba el primer ojal de su frac negro.

Al punto dos ó tres mozos corrieron á la mesa que eligió, y el dueño del establecimiento acudió tambien para presidir al buen orden del servicio. Inmediatamente se conoció que se trataba de una comida escogida, pues no hay mozo de fonda en Paris un poco experimentado, que no comprenda á la primera ojeada lo que vale y lo que producirá toda persona que entra en la casa. Con solo ver como desdobra la servilleta y hojea la lista, puede decir lo que el desconocido quiere gastar en su comida. El noble extranjero pidió un plato de otras de Os.

tende y una botella de Chateau-Laffitte, y luego escribió con su lapicero en un papel lo que deseaba que le sirvieran.

El mozo se llevó el papillito a la cocina, y algunos instantes después, mientras el personaje acababa de tomar su sopa de cangrejos, el dueño del establecimiento vino á decirle que uno de los platos que había pedido, había puesto á su cocinero mayor en un grave apuro.

— ¿Cuál es? preguntó el extranjero.

— Este, respondió el fondista señalando uno de los manjares inscrito en el papillito.

— ¿Cómo! exclamó el marqués, ¿su cocinero de Vd. no sabe guisar perdices á la Rossini?

— No sabe, ó cuando ménos no está bien seguro de lo que saldría.

— Es cosa rara, pues me acuerdo muy bien haber comido ese plato en París hace algunos años.

— Tratarémos de satisfacer á Vd., caballero, respondió el fondista.

Cuando salió á la mesa el plato, el marqués exclamó:

— No es esto; ese cocinero es un ignorante, y yo le voy á enseñar como se hace la salsa á la Rossini.

Y el noble extranjero arrastrado por el amor al arte y por el amor á las perdices, se fué á la cocina, y se dignó entrar en explicaciones con el cocinero mayor, pero viendo que este no le comprendía, le dijo con impaciencia:

— No es eso, no es eso, tendré que hacerlo yo mismo.

Dichas estas palabras, se quitó el frac, se alzó las mangas de la camisa, se ató una servilleta bajo la barba, tomó la sartén con mano firme, y majestuoso y soberbio se puso á condimentar sus perdices á la vista de los cocineros que formaban un semi-círculo en torno suyo. Concluida su obra, el marqués se arregló sus vestidos y se volvió á la sala, seguido del amo que llevaba en un plato las famosas perdices á la Rossini que esparcían un rico perfume, y que el noble extranjero saboreó con las delicias de un apetito satisfecho.

En estos días de sensación y de movimiento en que todo el mundo se agita en París, aunque menetrados de diversos sentimientos, los unos con el corazón henchido de ilusiones, la frente resplandeciente de juventud y de alegría, los otros con el tormento de esa dolorosa realidad de un año mas fenecido, que se viene á añadir al catálogo de los años que componen esta corta vida, aquellos con la esperanza de recibir al precioso mensajero del nuevo año, que llega con la sonrisa en la boca, cargado de obsequios y regalos, estos con la amargura de haber de sufragar los gastos del importuno correo; en estos días, decimos, acaba de ocurrir un lance muy particular que los periódicos de París han contado del modo siguiente:

Una actriz de uno de los principales teatros de la capital perdió hace pocos días á su marido. Los esposos no tenían ningún hijo, mas sin embargo, el día de las exequias se vió en la iglesia á un joven vestido de luto que aparentaba la mayor aflicción, y que repetía sin cesar en voz baja: « ¡Padre mio! ¡padre mio! » Terminada la ceremonia, siguió á pié y con la cabeza descubierta el carro fúnebre; en el cementerio redoblaron sus sollozos, y por último, cuando depositaron la caja en la tierra, el joven cayó sin conocimiento. A fuerza de cuidados lograron volverle á la vida, y lo llevaron en uno de los coches de la comitiva al domicilio que él había indicado.

En breve la actriz supo lo acontecido, y habiéndola dicho que la fisonomía del joven presentaba mucha semejanza con la del difunto, llegó á creer que se trataba de un hijo natural de su marido. La actriz que no había disfrutado nunca los placeres de la maternidad, sintió la mayor simpatía por aquel joven cuyo dolor en aquellas circunstancias acusaba los mejores sentimientos.

Ansiosa por conocerle, corrió á su casa cuyas señas le habían dado, y le encontró en la cama. Cuando la actriz le dijo quien era, se turbó, pero ella le trató con tanta dulzura, que al cabo le pudo hacer contar su triste historia, que se parece á todas las historias de ese género. Su madre se había muerto de pena cuando su padre se casó con la actriz, y desde aquel tiempo él había vivido con una corta pensión que se le acababa con el fallecimiento de su único protector en el mundo. Esta narración fué acompañada de abundantes lágrimas.

Mientras hablaba el joven, la actriz creyó notar efectivamente alguna similitud entre sus facciones y las de su difunto esposo, y habiendo sabido que por causa de ella la madre del joven había muerto, experimentó por el huérfano un afecto sincero. Como él la manifestó el deseo de poseer alguna memoria, alguna reliquia del difunto, la actriz en su segunda visita le entregó el reloj que llevaba su marido y un medallón guarnecido de brillantes con su retrato, á cuyos regalos añadió un billete de doscientos pesos, que el joven no quería aceptar, prometiéndole que se ocuparía de su porvenir inmediatamente.

Dos días después la actriz fué á visitar de nuevo á su protegido, y se quedó estupefacta cuando la dijeron que se había marchado de la casa, y que se ignoraba su paradero. Solo le conocían con el nombre de Víctor; pero los informes que tomó la actriz no tardaron en convencerla de que había sido engañada por un caballero de industria de los mas finos.

Confesáremos, sin embargo, que esta manera de arrancar los agnaldos excede los límites de lo permitido por la justicia, y es muy probable que á estas horas el astuto ladrón esté pagando su merecido en una cárcel. ¡Ah! si la justicia quisiera castigar el crimen del fingimiento en estos días, ¡qué largo habría de ser su brazo! Lo mismo finge el que da que el que recibe; ¡cuántos besos de Judas por la mañana, y por la noche cuántas sonrisas mentidas! Pero en fin, el día fatal ha pasado ya; las felicitaciones, los juramentos, los regalos, los banquetes, las promesas, las afectuosas caricias, todo esto se guarda cuidadosamente para el año próximo. Lo mejor de la fiesta es que se acaba pronto, al otro día se comieron los dulces, los besos se enfriaron, las galas de la víspera se deslucieron, y hasta los niños aparecen sentados con aire dolorido sobre sus montones de juguetes en ruinas. Cada cual se apresura á volver la espalda á ese hermoso día, como se hace con un amigo

que cayó en la desgracia y que nada puede darnos en adelante. ¡Oh primer día de 1853! fuiste hermoso, pródigo, magnífico, contigo nació la confianza, tu programa era la abundancia y la felicidad del mundo, y así te saludaron con un clamoreo de vivas; durante veinticuatro horas fuiste nuestro favorito, y el mas popular de nuestros días, pero ya estás enterado con todos tus oropeles, y por fortuna habrán de pasar doce meses ántes de que venga tu sucesor: la tierra te sea leve.

Pero ahora vamos á ver si en este tiempo nos darás lo que nos prometes, aunque bien podríamos decir lo que nosotros nos prometemos. ¿Qué mortal, en efecto, no se promete alguna cosa en doce meses? ¿Quién está satisfecho con lo que pasó? ¿quién desearia perpetuar lo presente? El rico espera la opulencia, el pobre la fortuna, el grande el poderío; espéran triunfos la milicia, la diplomacia y las coquetas, los soberanos se prometen la dicha de sus pueblos, el género humano en fin, aguarda una era de prosperidades individual y colectivamente. Sí, todo cuanto vive y respira se promete algo en doce meses. Sin arriesgarnos á asegurarlo aquí, estamos por apostar á que el mismo periódico que os habla, el mismo *Correo de Ultramar* que estais ahora leyendo, se promete en estos doce meses, á riesgo de que le llamen ambicioso, un aumento de suscritores en América.

MARIANO URRABIETA.

Telegrafía sub-marina.

EL CABLE ELECTRICO DEL MEDITERRANEO.

En el *Moniteur de la Flotte* hallamos los siguientes interesantes pormenores acerca de los obstáculos que han retardado, hasta aquí, el establecimiento del cable eléctrico que debe unir las costas de la Francia con las de la Argelia, obstáculos que están vencidos por la ciencia de los oficiales de marina é ingenieros hidrógrafos; he aquí estos pormenores que contienen además datos curiosos sobre los trabajos anteriores de su inventor M. Brett.

El establecimiento de una comunicacion telegráfica entre el Piamonte y Africa, y por eso mismo, entre la Francia y el Africa, ha sido emprendido atrevidamente hace algunos meses, por el incansable M. Brett, constructor y promotor del telégrafo sub-marino que se halla entre la Francia y la Inglaterra. Ya se habia puesto el cable eléctrico de Sarzanía á Bastia; la Córcega se encontraba otra vez unida á la Cerdeña; esta última isla veía adelantarse rápidamente la construcción de la línea telegráfica, atravesándola en toda su longitud, desde el estrecho de Bonifacio hasta Cagliari, cuando se suspendieron los trabajos en la parte comprendida entre la punta Sud de la Cerdeña y la costa de la regencia de Túnez. Ahí, en efecto, las noticias precisas faltaban completamente, en cuanto á la profundidad del agua y á la naturaleza de los fondos. Algunos sondeos preliminares habian sido hechos por M. Brett, pero habian dado por resultado tales irregularidades, que era imposible pensar que se pudiese seguir, poniendo el cable eléctrico, sin conocer ántes el verdadero perfil sub-marino de esta parte del Mediterráneo. Así en algunos lugares, no habia podido encontrar el fondo á 500 y mas brazas (2,500 piés) mientras que á poca distancia de esos mismos puntos, el plomo, otra vez lanzado, indicaba una profundidad de agua ordinaria.

Era pues importantísimo proceder á una exploracion pronta y segura de esos parajes. Para obtener esto, la compañía Brett se dirigió al gobierno del Emperador, y semejante solicitud, hecha en nombre de una empresa de interés público tan grande, no podia ménos de ser escuchada; por eso, en conformidad á las órdenes de S. M., y aunque las circunstancias actuales hiciesen muy difícil el distraer una embarcacion del Estado con tales fines, el ministro de Marina supo hallar una combinación que le permitia satisfacer plenamente esta demanda. Segun sus instrucciones, el aviso de vapor el *Meteoro* recibió á mediados del mes de setiembre la misión de proceder sin demora á la determinacion de los sondeos del cabo Malfaturo (punta Sud de la Cerdeña) á la Galita, y de esta isla á la de Tabarque y al continente de Africa.

Esta misión ha sido desempeñada con buen éxito, gracias al celo y esclarecida inteligencia de M. Dazondeau, ingeniero hidrógrafo de marina de primera clase, y M. Lecoat de Kerveguen, oficial de navío que mandaba el *Meteoro*.

El 1º de este mes el *Meteoro* se dirigia de Tolon á su destino, y el 4 por la mañana, estaba á la vista del cabo Malfaturo. El 4 al mediodía, se arrojaba la primera sonda; el 7 á las nueve de la mañana, estaba ya muy cerca de la isla de Tabarque, y los sondeos necesarios para reunir la punta Sud de la Cerdeña con la isla Galita, y esta con el continente africano estaban terminados.

Esta exploracion ha producido resultados muy interesantes, y el hábil ingeniero hidrógrafo de marina ha podido reasumirlos en una carta, que representa de la manera mas fiel el perfil del fondo del mar en esos parajes.

El Mediterráneo forma entre la Cerdeña y la Galita un valle sub-marino, cuya profundidad tiene 2,350 metros, que segun su perfil gráfico, representa una inmensa V. La mayor depresion se encuentra hacia la mitad del canal; desde ese punto, el fondo sube, con rápidas pendientes, hasta una profundidad de 500 metros bajo el nivel del mar. En toda la parte profunda de este valle, el fondo se compone de un fango blando, amarillo en el cual el plomo se hundia completamente.

Entre la Galita y la isla Tabarque, la profundidad del agua no ha pasado de 275 metros.

A pesar de estar la estacion adelantada, la operacion que fué confiada al *Meteoro* ha tenido buen éxito. Fácilmente se comprenderá cuántos cuidados, cuánta experiencia y precauciones han sido menester, para llegar á una determinacion hidrográfica tan exacta de los parajes en que la profundidad de lmar estaba totalmente desconocida; pues todavía no se han hecho líneas de sondeos continuas de una costa del Mediterráneo á otra. El gran trabajo que acaba de ejecutar el *Meteoro* hace mucha honra al departamento de la marina, al ingeniero Dazondeau, y al teniente de navío de Kerveguen, y realiza al mismo tiempo las benévolas intenciones del gobierno del Emperador en favor de una obra, en la cual la alta solicitud de S. M. Napoleón III se interesó desde su principio.

M. Brett podrá pues seguir hoy su obra gigantesca, porque tiende nada ménos que á unir el continente europeo con la Argelia, la América y las Indias.

Después de haber hablado de la empresa en sí, nos será quizás permitido hablar un poco tambien de su promotor y de sus diversos trabajos. Tomamos una parte de los interesantes pormenores que siguen, de una memoria recientemente presentada y leida en Inglaterra, en la Asociación británica para el progreso de las ciencias.

M. Jacobo Brett puede reclamar para sí propio y su hermano, el honor, no solamente de la invencion, sino del primer objeto y del primer establecimiento de los telégrafos sub-marinos ó oceánicos, y del telégrafo que funciona desde hace tres años entre la Francia y la Inglaterra. Tambien él ha realizado con no ménos felicidad y buen éxito, la comunicacion telegráfica sub-marina que une la Inglaterra con la Bélgica desde el 1º de mayo de 1853. Fácilmente nos podremos figurar los obstáculos que ha tenido que vencer cuando tuvo que establecer el cable sub-marino en el fondo del Mediterráneo, y que se halló en presencia de un valle, cuya profundidad pasaba de las 100 brazas que afirmaban existían sobre la línea que une el Piamonte con la Córcega. Las profundidades halladas entre la Inglaterra y la Francia, ó entre la Inglaterra y la Bélgica, no excedían de un máximo de 30 brazas, mientras que en el Mediterráneo se bajó á 350 brazas (la braza es de 2 metros), profundidad ocho veces mayor que la del canal de Inglaterra. Todo el mundo estaba convencido á bordo de que el cable se rompería bajo la enorme presión que tendria que soportar atravesando ese vacío enorme, y los oficiales experimentados de la marina sarda que tomaron parte en esa grande operacion aconsejaban unánimamente el hacer una gran vuelta de 8 millas, para ir á buscar las islas de Gorgona y Capuja, cerca de las cuales la sonda no indicaba mas que una profundidad de 100 brazas. Era de temer que no haciéndolo así, se perudiese enteramente el cable conductor.

M. Brett no negaba que ese partido era mas prudente; pero habia una cuestion enorme que era preciso resolver de un solo golpe. No se trataba de una línea que se terminase en la Córcega, sino de una línea que, partiendo de la Córcega á la Cerdeña, de la Cerdeña al litoral de Africa, no debia detenerse hasta las Indias; línea que por consiguiente tendria que atravesar los mares, cuya profundidad era cada vez mayor.

Era pues muy urgente decidir por el hecho mismo, si esta travesía era posible; se pusieron á la obra arrojando el cable; primero pareció que descendía el declive de una montaña sub-marina de muchas millas, á una profundidad variable de 180 á 200 brazas, y luego se creyó sentir que se hallaba de repente sobre el borde de un precipicio, cuyo fondo no bajaba de ménos de 350 brazas, profundidad que excedía aun las 100 brazas, que eran las que los mejores mapas indicaban en el camino hasta allí; el cable entonces se precipitó con una velocidad espantosa, y si no hubiese sido tan sólido, ciertamente se hubiera hecho pedazos.

El hábil comandante del navío, el marqués de Ricci, que habia dudado hasta entonces del éxito de la empresa, se convenció enteramente de que esta especie de cable, por su forma y la combinación de los elementos que le componen, ofrecia tales garantías de resistencia, que con algunas perfecciones, sobre las cuales después se ha discutido, podria desafiar las mayores profundidades del Atlántico. Parecia mas natural seguir la península itálica hasta Nápoles y Sicilia, en vez de ir directamente de Cerdeña á Africa; pero se han temido los obstáculos que habrian podido suscitar los numerosos Estados pequeños que se hubieran encontrado en el camino; tal como se establecerá la línea no tendrá relacion mas que con los gobiernos de Cerdeña y Francia, que han protegido su creacion por medio de concesiones hechas con las mas generosas garantías, y que han admitido en principio, que los despachos, en cualquier lengua que estén, se transmitan sin mutilacion alguna. Desde el litoral de Africa, se presentan dos planos para llegar á Egipto y Alejandria. Se puede poner un cable sub-marino en los fondos bajos á lo largo de las costas del Mediterráneo, ó enterrar en la arena á lo largo de la costa, un cable subterráneo. Es muy grato pensar que uno ú otro de esos planes, ó los dos, pueden realizarse sin que haya nada que temer para la seguridad de la línea.

Tocante á los resultados financieros de la empresa, segun los cálculos de M. Brett, una suma de 100 á 150 libras diarias (2,500 á 3,500 frs.) bastaria para pagar ampliamente el interés del capital que habria de emplearse en la obra.

Al escribir estas líneas, tenemos á la vista un trozo

del cable eléctrico del Mediterráneo; se compone de 6 alambres de cobre unidos de la manera siguiente: cada uno está envuelto en un tubo de guttapercha; y los seis están atados fuertemente por un junco de cuerdas y brea, de manera que forman un cable de un centímetro y 5 milímetros de ancho; por encima hay un manójo de 12 varillas de hierro; cada una tiene 8 milímetros de diámetro, que viene á ser el de un lápiz ordinario; están puestos al rededor, de modo que el conjunto del cable ofrece un diámetro de unos 2 centímetros y 6 milímetros.

M. Brett ha tenido el honor de ser recibido por el Emperador en el palacio de Saint-Cloud, y de ofrecer á S. M. un trozo del cable eléctrico de la Compañía mediterránea.

se dirige al palacio en una góndola ricamente adornada con un magnífico vaso de cristal lleno de agua del Newa, que lleva al Czar en nombre de la primavera y del Dios del río; admitido en presencia de su soberano, le anuncia que el invierno se ha acabado ya, y que el Newa se ha vuelto navegable. En seguida designando con la mano la góndola amarrada al muelle (el primer cisne que flota sobre las aguas), presenta al emperador el vaso de cristal lleno de agua del Newa, y S. M. le bebe inmediatamente á la salud y prosperidad de su capital. Es el vaso de agua mas caro que se bebe en toda la superficie del globo, pues segun una costumbre muy antigua, el emperador lo devuelve lleno de oro al que se le presenta lleno de agua. Antiguamente le llenaban hasta los bordes de monedas de ese

ro que pusiera el pié en el celeste imperio á las doce de la noche, podria creerse trasportado de repente en medio de un incendio colosal; además de los fuegos artificiales que paga el gobierno, cuando un chino tiene ya corrientes sus cuentas, adorna su tienda por fuera con una infinidad de cohetes, que anuncian estrepitosamente á toda la ciudad que nuestro chino tiene la suerte de haber quedado libre. Cada chino que queda libre de cuentas dispara cierto número de cohetes.

Las tiendas chinas están cerradas el día de año nuevo y el siguiente, pero en cambio las calles están animadas de bulla y algazara. Diríase que se representa una comedia de magia en cada una de esas ciudades pintadas que se ven á las puertas de las casas, con sendos carteles á los lados. Los variados caprichos y extravagancias del carnaval que nosotros conocemos, no podian dar una idea de la mezcla singular de colores que ofrece esa poblacion cubierta con vestidos color de azafran, azul celeste y verde manzana que circula con la frente afeitada, el ojo oblicuo y el rostro untado de yeso, al ruido de los gongos, entre los palanquines, las casas de paja, las torrecillas de porcelana, las banderolas, y esa infinidad de bastidores colgados á las puertas y ventanas, sobre las cuales se hallan figurados los dioses lares de la China. Lo mismo que en Paris, el día de año nuevo es en la China una buena ocasion de hacerse cumplimientos y regalos. En Pekin ó en Canton, aquel día la gente se regala piezas de marfil y de laca, acericos, abanicos, cintas estampadas, pañuelos de crespón y cajas de té. Los chinos trabajan la seda y el cáñamo con un arte y delicadeza, que recuerdan esta definición que dieron los antiguos de la gasa: *aire tejido*. En cuanto á los obsequios de confitería, andan tambien en abundancia; pero como no nos ha sido dado hasta hoy, el probar los torrones chinos, nos abstendremos por ahora de calificarlos.

Costumbres del día de año nuevo.

I.

LA BENDICION DEL NEWA.

Dos veces por año el 1º de enero, y el cumpleaños de la emperatriz, el emperador de la Rusia abre las puertas de su palacio á los altos personajes de la corte, al cuerpo diplomático, ó los extranjeros convidados y á las gentes del pueblo admitidas á la fiesta, que se introducen todos juntos en sus aposentos, donde esperan que el emperador y la familia imperial se presenten. En cuanto el amo, ese sol del palacio asoma por el extremo de una sala, la apiñada y revuelta muchedumbre le abre paso, y seguido de su noble séquito atraviesa libremente y sin rozarse con nadie los salones en donde un momento ántes se habria dicho que no cabia otra persona mas. En cuanto su majestad desaparece las olas vuelven á cerrarse. La figura de Nicolás cuya cabeza domina todas las demás, imprime el respeto á aquella mar agitada. S. M. baila durante dos ó tres horas el baile polaco con señoras de su familia y de su corte. Este baile era en otro tiempo una marcha acompasada y seria, pero en el día es simplemente un paseo al son de los instrumentos. El emperador y su comitiva serpentean de un modo sorprendente en medio de la multitud, que sin prever la dirección que va á tomar, se separa sin embargo á tiempo, para no servir de obstáculo á la marcha del soberano.

El 1º de enero tiene lugar en San Petersburgo una ceremonia, cuya fiel representación damos en nuestro dibujo; queremos hablar de la bendición de las aguas del Newa. Para esto se construye cada año cerca del palacio imperial una capilla de madera á la orilla del río; en frente se elevan las murallas de piedra de la fortaleza dominadas por la iglesia de S. Pedro y San Pablo. A la hora prefijada, el emperador seguido de su estado mayor se va á caballo hácia la capilla, á cuyas puertas se apea para subir al puesto que debe ocupar cerca de los estandartes de la guardia. Al punto llega en procesion el clero metropolitano que bendice á un tiempo las aguas del Newa, las armas y las banderas de la guarnicion de S. Petersburgo que asiste á la ceremonia. En el momento de la bendición se cambian saludos entre la fortaleza y la artillería de la guardia puesta sobre los hielos.

¿Porqué bendicen el Newa? ¿Es porque al deshelerse no cause muchos daños en esa ciudad artificial, amenazada sin cesar de una ruina completa por sus inundaciones? Lo ignoramos, pero lo cierto es que pasado el deshielo, y libre ya, se anuncia con salvas de artillería este suceso á los habitantes de la ciudad « En cuanto esto acontece, dice M. Kohl, cualquiera que sea la hora del día ó de la noche, el comandante de la fortaleza de toda gala y acompañado de su estado mayor

precioso metal, pero cada año se aumentaba el tamaño de los vasos, y el emperador viendo que cada vez tenia que tragar mas agua, y que regalar mas monedas de oro, declaró que en adelante solo daría 200 ducados, precio imperial que al cabo y al fin puede considerarse como suficiente por un vaso de agua.

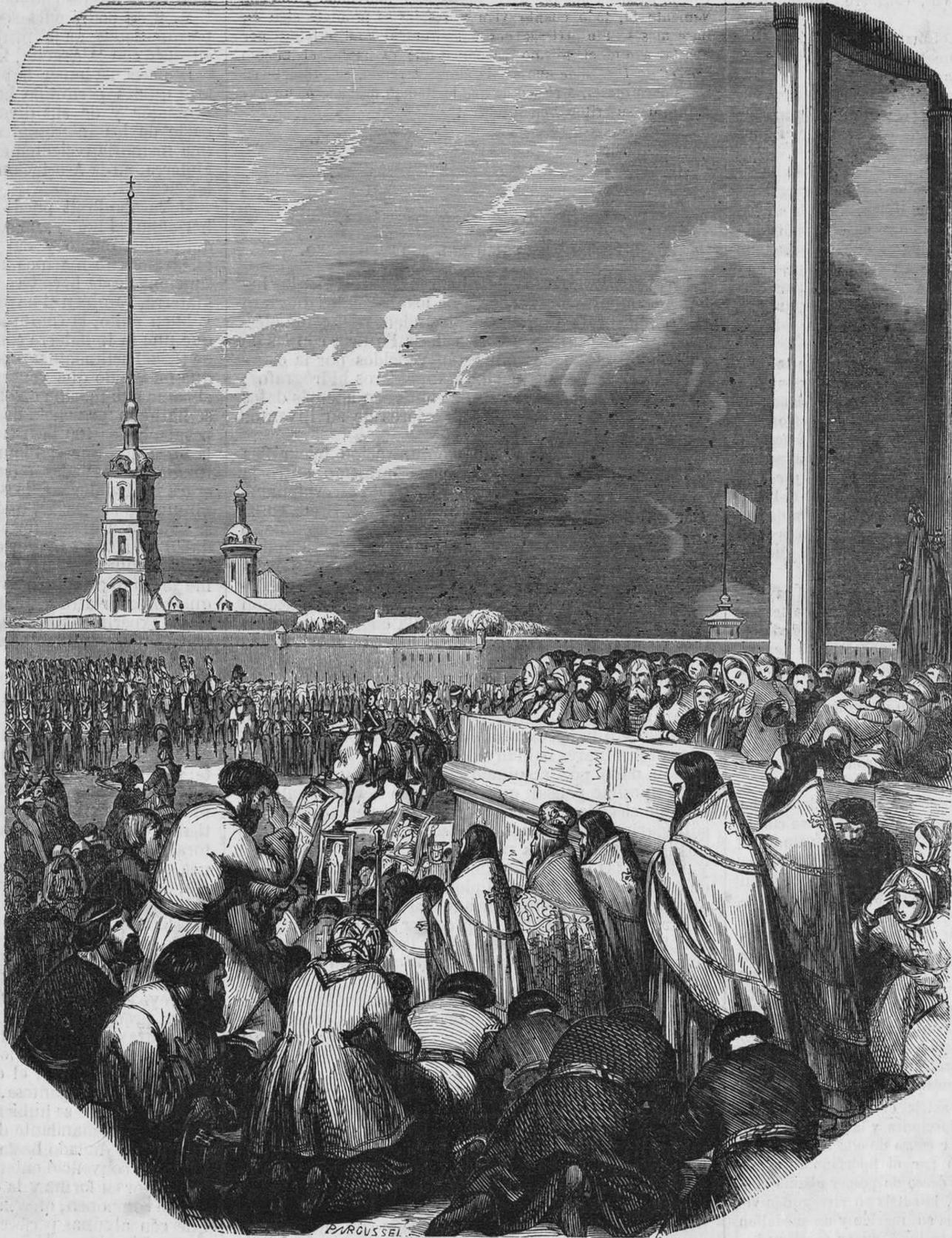
II.

Regocijos chinoscos.

De San Petersburgo vamos á saltar á la China, pero no se asuste el lector con tan largo viaje, pues pronto estaremos de vuelta. En la China el día de año nuevo es una fiesta movible subordinada á las fases de la luna; el año chino principia con la primera luna de enero. En virtud de una ley del imperio, todo comerciante debe haber arreglado sus cuentas y pagado sus deudas la víspera de ese día solemne, que se inaugura con grandes fuegos artificiales. No en vano se lisonjean los chinos de haber inventado la pólvora, pues el extranje-

nombre de Colonne, y Julia era mas particularmente el objeto de su enemistad. Jamás se encontraban sino en las ceremonias religiosas ó en las fiestas públicas, y en estas ocasiones Beatriz miraba siempre á Julia con la mayor ira y desden. Julia tenia un carácter diferente: su madre, que hacia poco tiempo que habia muerto, la educó en la práctica de los deberes cristianos de paciencia y humildad para con nuestros enemigos, y estaba tan léjos de volver desprecio por desprecio, que se desconsolaba de no poder atraer á su adversaria con dulces palabras y queriéndola mucho.

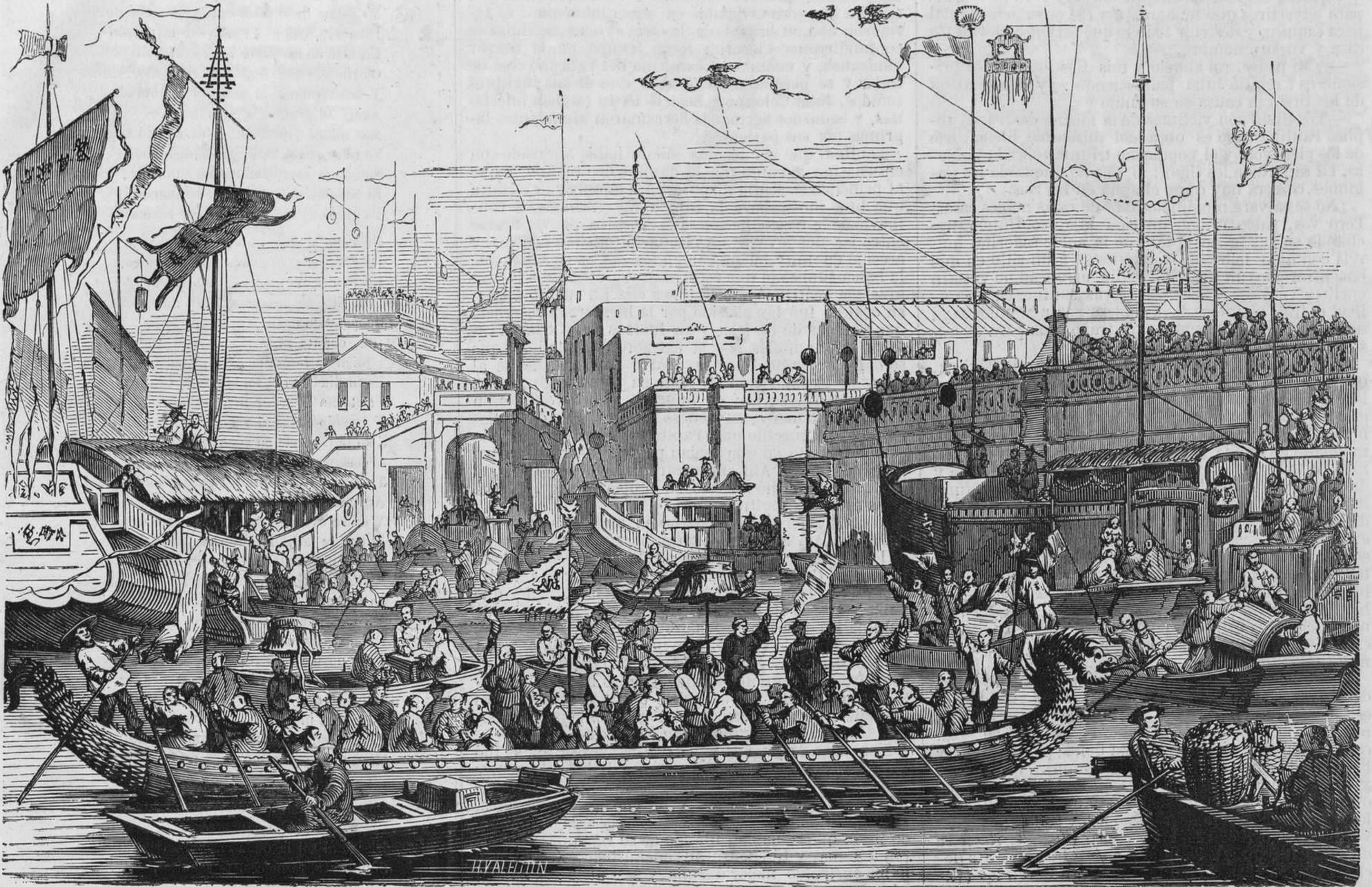
En la época en que hablamos, Estéban Colonne, abuelo de Julia, tenia en Roma mucha influencia sobre la faccion de los Ursin; pero su triunfo fué de corta duración: un tercer partido mas poderoso que los demás, se levantó de repente en Roma al mando del célebre Rienci, jefe de los plebeyos romanos, que sufrían hacia mucho tiempo con la mayor impaciencia la tiranía de los nobles; y aprovechándose de las disensiones que existían en aquella clase orgullosa, tomaron las armas contra ellos, decididos á asesinar á cuantos les opusieran la menor resistencia.



La bendición del Newa, en San Petersburgo.

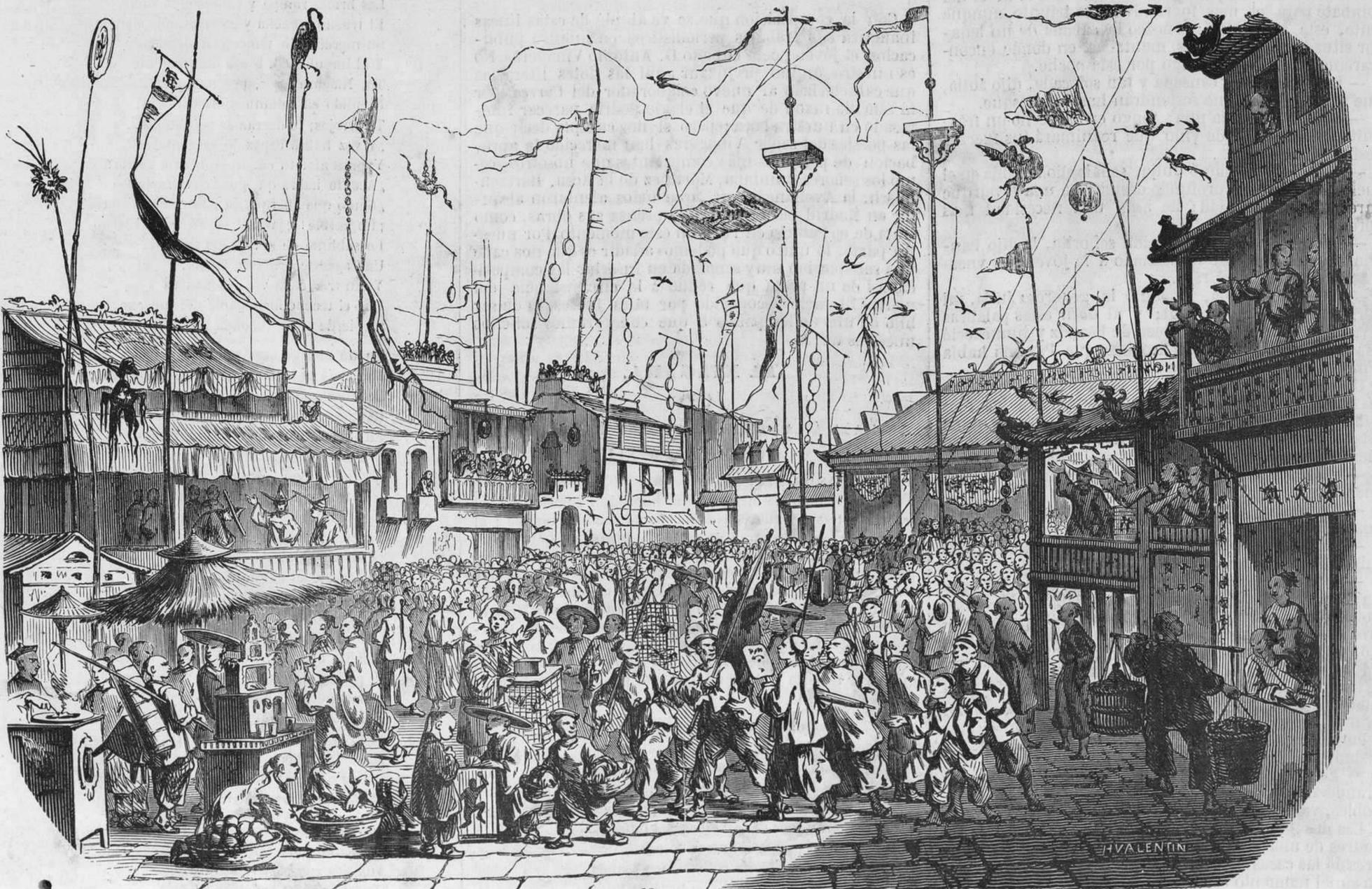
Julia y Beatriz.

Julia Colonne y Beatriz Ursin eran hijas de dos nobles romanos ricos y poderosos en el siglo XIV. Sus parientes, miembros de dos grandes familias rivales que habian agitado á Roma un siglo entero con sus disensiones, eran enemigos mortales: mucha sangre se habia derramado en sus querellas, y la animosidad hereditaria de las casas de Colonne y Ursin se extendió hasta las hembras de las dos familias hostiles. Aunque jóven, Beatriz habia ya aprendido á mirar con la mas profunda aversion todo lo que llevaba el



El día de año nuevo en la China. — Fiestas acuáticas.

En aquel terrible día, cuando los jefes de todas las milias patricias estaban detenidos por orden del tri- | buno Rienci, una vieja que queria á la familia de Co- | lonne, se precipitó en el palacio del padre de Julia y | habló en estos términos á la jóven aterrada :
 — Todo se ha perdido : vuestro padre, vuestro abuelo



El día de año nuevo en la China. — Fiestas en las calles.

y vuestros tios todos están prisioneros; y yo he corrido para advertiros que se aproxima ese populacho brutal para saquear y destruir todo lo que pertenece á vuestra casa y vuestro nombre.

— ¿Mi padre, mi abuelo y mis tios están todos prisioneros? repitió Julia palideciendo: ¿y es la malicia de los Ursin la causa de su ruina?

— Los Ursin son víctimas de la misma desgracia, replicó Paulina: eso es obra del miserable Rienci, jefe de los plebeyos, y el populacho triunfa sobre la nobleza. La sangre de los Ursin, lo mismo que la de los Colones, correrá hoy como el agua en los rios.

— No se salvará ningún hombre de estas nobles casas! Pero vos, paloma mia, querida hija, continuó estrechando en sus brazos el talle de la noble señorita, huiréis conmigo lejos de la tempestad á un sitio en que encontraremos un refugio. Venid, arrancad de vuestro cuello y vuestros brazos esas joyas suntuosas, y cambiad el traje peligroso de la nobleza por la humilde saya de la hija de un plebeyo; aquí traigo una para disfrazaros.

Julia cedió sin resistencia á las súplicas de Paulina, que reunió algunos objetos de valor de que hizo dos lios, poniendo uno en manos de Julia, y se encargó ella misma del otro. Entónces cogiendo á Julia por el brazo, la hizo salir del palacio de Colonne en el mismo momento en que le invadía un populacho salvaje reunido de todos los cuarteles de la ciudad para saquear y destruir cuanto pertenecía á esta familia. Roma retumbaba bajo el ruido de las armas y los gritos furiosos de los opuestos partidos. La carnicería y la muerte existían en todas las calles; la rabia, el terror y la consternación estaban pintados en todos los semblantes. Por todas partes eran atacados y asesinados los nobles á pesar de la resistencia de los que los acompañaban. Entre tanto la tímida Julia, sin otro protector que una anciana mujer del pueblo, pasó salva y desconocida al través de todos los peligros, y llegó á ganar las murallas de la fatal ciudad.

Las puertas de Roma estaban cuidadosamente guardadas por los soldados de Arranci, para evitar que se escapasen los nobles y los ricos: ¿pero quién hubiera pensado el detener á la humilde Paulina y á su nieta como ella llamaba á Julia? Hasta donde podía alcanzar la vista, el campo estaba lleno de hombres, de mujeres y de niños que huían, los unos en grupos y otros individualmente, hacia los montes Ablusos, que en todos los siglos han servido de refugio á los italianos fugitivos, nobles ó esclavos, cristianos ó paganos. Nadie se detenía para mirar á Paulina y á su protegida para decirles una palabra: bien pronto se quedaron las últimas, porque iban cargadas de las alhajas que habían cogido en el palacio de Colonne, y porque Julia no estaba acostumbrada á marchar á pié con toda la fuerza del calor.

— ¡Valor, hija mia! decía Paulina; el término de la carrera no es siempre para el mas ligero, ni el del combate para el mas fuerte. Nuestro triunfo, aunque lento, está asegurado: conozco la cabaña de un leñador situada al pié de las montañas, en donde encontraremos alimento y abrigo por esta noche.

— Pero estoy tan cansada y tan sofocada, dijo Julia, que mis fuerzas no me sostendrán hasta el bosque.

— Consuélate, hija mia; tengo en el pecho un frasquito con un poco de vino que reanimará tus fuerzas desfallecidas.

— Deteneos, exclamó Julia, señalando tendida en el suelo víctima de un profundo desmayo á una jóven que parecía tener su edad; he aquí una necesidad mas apremiante que la mia.

— No habéis así, mi querida señorita, la dijo Paulina despues de haber examinado á la jóven; es vuestra enemiga Beatriz Ursin.

— Es mi hermana, exclamó la generosa Julia, mi hermana en la adversidad; y al decir estas palabras levantó dulcemente la cabeza de Beatriz y humedeció sus labios con el precioso licor de que Paulina habia tenido cuidado de proveerse.

Un momento despues volvió á aparecer el color en las pálidas mejillas de Beatriz, y entreabrió los ojos dando un profundo suspiro; pero cuando vió por quien estaba sostenida, procuró escaparse de los brazos de su bienhechora y exclamó:

— ¡Desgraciada de mí! ¡he caído en manos de mis enemigos!

— No temáis, somos amigas; la contestó Julia con voz dulce.

— Sois hija de Colonne, y por consiguiente mi enemiga: soy una Ursin.

— ¿Qué hemos de hacer con la enemistad las hijas de Colonne y de Ursin en momentos como éstos? respondió Julia llorando, cuando quizá la sangre de nuestros desgraciados padres corre confundida en un arroyo, y cuando sus desgraciadas hijas, fugitivas y errantes, estamos unidas por una desgracia comun?

Beatriz se afectó profundamente al oír salir de boca una persona á quien habia tenido hasta entónces tan grande aversión, semejantes palabras. En aquel momento el aire trajo de Roma, de donde estaban bastante distantes, un sonido débil y lúgubre.

— Escuchad, dice Paulina conmovida, es la campana grande del Vaticano que anuncia la ejecucion de los nobles, víctimas de Rienci y del populacho.

Las dos jóvenes palidieron; era el clamor de los padres de una y de otra, el clamor de todos los hombres de las casas hostiles de Colonne y de Ursin, que en aquel momento estaban en el poder de Rienci.

Las dos fugitivas cambiaron una mirada de angus-

tia y de simpatía. El orgullo, el aborrecimiento y la envidia huyeron olvidados en aquel momento: se arrojaron una en brazos de la otra, y sus lágrimas se confundieron. Lloraron largo tiempo en la mayor amargura, y cuando la campana del Vaticano cesó de sonar y se perdieron los últimos ecos de sus lúgubres sonidos, Julia Colonne y Beatriz Ursin estaban huérfanas, y como dos hermanas derramaron abundantes lágrimas por sus parientes.

Paulina, que por reconocimiento habia abrazado con entusiasmo la causa de la familia de Colonne, y que al principio se sentia dispuesta á desaprobár la ternura que Julia mostraba á la hija de sus enemigos, se conmovió de la reconciliación que acababa de verificarse entre las dos jóvenas en circunstancias tan críticas, y accedió de muy buena gana á los deseos de Julia, que la habia duplicado que socorriese y protegiese á la desgraciada Beatriz lo mismo que á ella. En cuanto á esta, su orgullo fué tan abatido por la inesperada desgracia que acababa de herirla, y las fuerzas de su cuerpo estaban tan apuradas por la extraordinaria fatiga á que se habia expuesto, que se agarró para sostenerse al brazo de Paulina como si fuera su propia nodriza. Las nobles huérfanas con su humilde guia prosiguieron lenta y tristemente su penoso camino, hasta que llegaron al bosquecillo que Paulina les habia mostrado como el puerto en que debían pasar la noche al abrigo de la tempestad. Allí encontraron albergue y cena: el buen leñador cedió gustoso su propia cena y su cama á las cansadas fugitivas.

Al dia siguiente se pusieron en marcha para continuar su viaje hasta un convento que estaba en medio de los montes y de que era abadesa una señora de la familia de Colonne. En el camino encontraron unos ladrones, que las quitaron todos los objetos de valor que habian sacado de su casa, y gracias á las súplicas de Paulina las dejaron con vida.

Entraron en el convento en un estado lastimoso, con los piés desnudos y sus vestidos desgarrados: pero encontraron un refugio en medio de las buenas religiosas, para quienes fueron objeto de las atenciones mas delicadas, y que las prodigaron cuantos consuelos necesitaban en circunstancias tan desgraciadas.

Siete años despues de aquel dia desastroso, Rienci fué arrojado de la posición en que se habia colocado, y despues de muchas vicisitudes de la fortuna fué ignominiosamente asesinado por sus enemigos victoriosos. Algunos miembros dispersos de las casas de Colonne y de Ursin que se habian librado de su venganza, volvieron á Roma, y renovaron sus enemistades. El destierro habia instruido mejor á Julia y á Beatriz; se habian hecho verdaderas cristianas, y sin hacer caso de las divisiones de sus parientes, vivieron siempre unidas con los lazos de la mas tierna amistad.

Con la composición que se ve al pié de estas líneas inaugura sus trabajos periodísticos en nuestra publicación el jóven poeta cubano D. Antonio Vinageras. No es nuestro ánimo prejuzgar aquí las dotes literarias que caracterizan al nuevo colaborador del *Correo*, por la sencilla razon de que el elogio podria parecer interesado en nuestra boca; pero sí nos cumple decir que las poesías del señor Vinageras han merecido la aprobación de personas mas competentes que nosotros, como los señores Quintana, Martínez de la Rosa, Hartzenbusch, la Avellaneda, etc., que todos alentaron al autor en Madrid para que dé á la prensa sus obras, como trata de ejecutarlo en Paris en este momento. Por nuestra parte, lo único que podemos añadir es que nos cabe una satisfacción muy señalada en insertar las composiciones de un poeta que reúne á la circunstancia del mérito literario reconocido por tales jueces, la de ser hijo de uno de los países á que consagramos solícitos nuestras tareas.

AL NIÁGARA.

ODA

DEDICADA Á LA CÉLEBRE POETISA Y EXCMA. SEÑORA
DOÑA GERTRUDIS G. AVELLANEDA.

AMIGA MIA:

Tengo el honor de ofrecer á Vd. humilde y sinceramente el trabajo literario que con tanta benevolencia examinó: al hacerlo, tengo presentes tres cosas: la primera y harto halagüena para mí, es que cumplo con el propósito de obedecerla, publicando mis ligeras producciones; la segunda, que disculpe Vd. cuantos errores tenga la oda, pues Vd. sabe que fué escrita en dos horas, sin haber visto yo las cataratas del Niágara ó incitado á ello por cierta polémica á la que debo estar siempre agradecido, segun un célebre amigo nuestro: la tercera es, indulgente Tula, que si tiene algun mérito yo lo trocaria con gusto por servirle á Vd. como atento paisano y muy consecuente amigo.

A. V.

¡Soberano Señor! ¿esa es tu obra?
¡Vibre en mis manos resonante lira!
Todas sus fuerzas mi existencia cobra,
Pues Niágara inmortal aquí me inspira.
¡Qué ruido! ¡qué fragor! — Dios sacrosanto,
Eterno juez de la verdad del mundo,
Cédele paso á mi atrevido canto,
Pues en tu gloria celestial me inundo.
Permite ¡oh Dios! que torne la mirada
A tu trono de luz resplandeciente,

Y que el sublime Niágara tronando
Mi pecho inspire mi entusiasmo cuente.
¡Señor! ¡Señor! Te he visto levantado
En alas de los rayos... tu grandeza
Glorificaba ¡oh Dios! reverenciado,
Y postrándome al punto y asombrado
Adoré tu grandor y tu belleza
Mas nunca ¡oh Dios! de la verdad suprema
Te miré como aquí, grave, brillando,
Siendo de eternidad divino emblema,
El Niágara á tus plantas resonando
Tu gloria el sol, el mundo tu poema.

De Febo al rayo que arrebola el cielo
De Febo al rayo bienhechor, te miro,
En tu origen medito, y admirado
¡Oh Niágara inmortal! con harto anhelo
Suspendido me siento y aterrado.
¡Oh, cuánta majestad! Y á tu desvelo
¿Quién te responde, di? ¿Mientras fulgura
Es tu diadema el sol? Cuando camina
El eterno Hacedor maravilloso,
Y cuando cielos al volar calcina
¿No te contesta en ademán grandioso?
¡Prosigue en tu furor! Despavorido
Te escucha el hombre: partes resonando,
Atréna bosque y selva tu rugido,
Y entre cavernas cóncavas perdido
El eco se derrama retumbando...
¡Son amedrentador! Si yo pudiera
El Eden señorear, te cantaría.
La onda veloz tal vez me persiguiera,
Y yo las puertas de la gloria abriera,
Inflamándome el alma tu armonía.
¿Mas no me inspiras, inmortal natura?
¡Si, madre celestial! — Oye, te ruego,
El canto que desprende el labio mio,
Y en ecos mil de paz y de ventura
Térnese en Cuba mi espontáneo brio,
Mi rauda inspiración, todo mi fuego.

Te dió el Señor, ¡torrente majestuoso!
Voz que turba, que aterra, que domina,
Por eso te adelantas borrascoso
Rizada al sol la onda cristalina.
Súbite vas, te meces, te sepultas,
Retruena tu fragor y te levantas,
Y en ondas simas rápido te ocultas,
Y á Dios, al hombre, al universo encantas.
Y como el bruto en la fatal pelea
Que veloz y lozano

Las bridas rompe y cabeceando vuela,
El trueno escucha y gallardeando sigue
Su marcha sin temor, tal denodado
Y al impulso del brazo omnipotente,
Tú, Niágara feroz, precipitado,
Dividido en columnas, desbordado,
Te arrojas; te derramas prepotente.
¿Y voz habrá capaz de agigantarte
Y presentar tu cuadro con mas gloria?
¿Acento habrá que pueda realzarte?
¿Genio que abarque tu admirable historia?
¡Imposible! ¡jamás! — Te dió el Eterno
Lo sublime de sí: te dió armonía
Una agreste brillante poesía,
Y tan tremenda voz resonadora
Que el trueno formidable del infierno
Se pierde entre tu onda bramadora.

En un piélago azul y de oro y llama
Hundirse ví un bajel que el ancho seno
Del mar que léjos con afán rebrama,
Rasgaba audaz y de riquezas lleno.
En indócil batir en ruido horrendo
El Ponto ví de sombras circundado
Alzándose con furia procelosa,
Mientras cundia el rayo, iluminado
De Dios por la mirada fulgorosa.
Ya en los escollos el bajel rozaba,
¡Piedad! ¡piedad! el corazón decía,
La tempestad al Ponto amenazaba
Y el marinero de pavor gemía.
¡Recuerdo de dolor! — Allí la madre
Que el tierno labio de agitado infante
Solicita buscaba... aquí la amante,
El padre, el hijo... ¡furia vencedora!
Hundiéndose el horrisono Océano
Abrió á todos la tumba en breve hora.
¡Fiera sublimidad! ¡fiera y terrible!
Mas no mayor ¡oh Niágara triunfante
Que la que infunde el Hacedor radiante
En tu eterno raudal irresistible!

Terrífico, asombroso,
Orlada en puro respiandor tu frente,
América soberbia te miraba.
Dios infinito al revolver los ojos
Hasta el zenit espléndido te alzaba.

Miró la nada : derramóse el día,
Y abriendo sus dos brazos, impaciente
Camino hallaste colosal torrente,
Tronando el Setentrion y el Mediodía.
¡Oh gloria! desalado,
Ardiendo en entusiasmo prodigioso,
Tú, Niágara hervidor, arrebatado,
Reflejaste del sol haz luminoso,
Al relucir el tornasol brillante
En conchas de oro dibujaste espumas.
Bullente, retumbante, orgullecido,
Con arco de relámpagos ceñido,
Cantaste del Señor las glorias sumas.
Cundió la hermosa voz del cristianismo
El águila de América radiante
Temblar haciendo el proceloso abismo,
Te dió hervoroso resonar constante,
Y Dios en su desvelo
¡Por cúpula de rayos, todo el cielo!

Y si él no fué ¿qué Dios asaz grandioso
Te abortó de su seno? Un genio augusto
Por tí no mas de las alturas vino.
Te dió la tempestad : mil y mil truenos
En torno á tí con fuerza reventaron;
Abriéronse tus senos,
Y los mares al verlos se alejaron.
¿Qué cataclismo lúgubre, espantoso,
Entre ambos polos te asentó? Rebramas,
Ruges, sorprendes : del gigante cielo
Imitas la armonía,

Y tal vez el lamento de agonía
De aquesa humanidad que grava el suelo.
¿Y al fin llegará el día
En que cesen tu ruido y movimiento?
¿Qué respondes oh Niágara espumante
Con el furioso trueno de tu acento?

« ¡Jamás! — Cuando la tierra
» Pierda su redondez, mi vasta mole
» Su curso perderá : pero entre tanto,
» Mientras no llega tan odioso día,
» Estremeciendo al globo en mi porfía,
» Brotando truenos alzaré mi canto. »
Lánzalos por do quier. Sonoramente
Bosques dejando atrás, rompe á tu paso
Cuanto se oponga á tu raudal potente.
Abarca el polo al enarcar la frente,
Y al sol persigue en su inmortal ocaso.

¡Tal vez al rayo de apacible luna
Céfiro dulce sus plácemes canta!
¡Tal vez entonces, Niágara terrible,
De Washington la sombra se levanta!
Despierta, sí, glorioso americano,
Ven á escuchar los rápidos torrentes,
Ven, y al destello del rosado día,
Mira las aguas que veloces ruedan;
Oye los ecos que tronando cunden,
Y que de Dios la majestad difunden,
Y que en los labios del Eterno quedan.
Aquí te cantaré cuando bramando
Tiemble, se arroje, estréllase anheloso
Del Niágara el raudal estrepitoso
Que en espeso vapor sube asordando.

A merced mi entusiasmo del destino,
Irá mi canto trasponiendo el bello,
Y refulgente arco peregrino,
Que es de tu eterna majestad el sello.
¡Retumba sin cesar! Pueda mi canto
Eternizarse con tu son : ¡torrenté!
¿Mas dó mi patria está? ¿Dónde su zona,
Su cielo siempre azul, su sol fulgente?

Perdona ¡oh patria! Cuba idolatrada,
¡Cisne en vergel de peregrinas flores!
Perdona ¡oh sí! La gran naturaleza
Su trono aquí asentó : ¡deja le cante!
Mi fe, mi voz, el corazón, la vida,
Todo tuyo y por siempre .. mas acorre
Con tu belleza la existencia mia.
Dale á mi mente luz : al alma fuego,
Y al estro de mi pecho valentía.
Triunfante sol, ¡oh astro de la vida!
¡Tú que á la Europa vas y en tu carrera
Bañas en aurea luz la frente erguida
Del Africa salvaje y altanera!

¡Alma del genio! ¡Faro sacrosanto!
Pregunta al ciego manantial que asombra
Quién le cede su voz, su ronco acento,
Y porque tiene de divino escudo
La bóveda de luz del firmamento
¡Oh Niágara! ¿dó vas?... ¿quién te detiene
En la cima brillante,
Para que envuelto en resplandor y llama
En gigantesco son gravoso rujas
Mientras el trueno en las alturas brama?
Instrumento de Dios, admira al hombre,

Que el hombre audaz con emoción te mira,
¡Menguado aquel que con vibrante lira
No pide aquí la eternidad de un nombre!

Léjos de mí las esponjadas rosas,
Léjos de mí coronas y vergeles.
Dejadme rayos, águilas, corceles,
¡Y truenos y borrascas espantosas!
De la mundana historia
Sombras augustas, despertad! — Os llama
Del universo el triunfador acento,
Que en el cauce del Niágara rebrama.
¿No escucháis? Imponente
Ruge, salta y del sol copia la hoguera.
¡Senda le indica Dios! el trueno brama,
Brotan arcos de sol en su carrera.
Salve ¡oh Niágara audaz! Mi aliento solo
Tal vez te adorne con las bellas perlas
Que le arrebató mi entusiasmo al polo;
Tal vez se lance altivo por beberlas
El arcángel Gabriel : los ojos fuego,
Gloria los labios, tornasol las alas.
Mas cuando el himno de mi labio suba,
¡Oh Niágara inmortal! vierte tus galas;
Canta tus genios y tu sol ¡oh Cuba!
Y roto el valladar del vago viento,
« ¡Salve! » repite Niágara sonoro,
Resplandeciendo en hemisferio de oro
El pabellon azul del firmamento

¡Rugiente manantial! Deja me acerque...
Deja te mire aun mas : en calva peña
Déjame alzar el canto de victoria,
Y trémulo de fuego y encendido
En la sublime fe y estremecido
Deja que sepa respetar tu gloria.
¡Aquí de la ambición no llega el grito!
Dominan ¡ay! en soledad tan vasta
Naturaleza y Dios y quien le admira.
¡Feliz el hombre que cantarla puede
Al son robusto de sonora lira!
¡Tal vez, oh manantial, Niágara hermoso,
Tal vez, es tu destino
Llevar al cielo la brillante gloria
Del Redentor que al universo vino!
Prosigue en tu rugir. Soberbio, ardiente,
De luz y de peñascos circundado,
Con anhelante son é hinchada frente
Sé del tiempo rival, cunde admirado,
Que yo en el suelo de la patria mia
Bendeciré tu faz y tu grandeza,
Tu hervoroso rugir y poesía
De inimitable celestial belleza
Así tus ondas deteniendo el cielo
Detengan el gran carro de la historia,
Y en rayos el zénit y el bajo suelo
Dios y la humanidad canten tu gloria. (1)

ANTONIO VINAGERAS.

Matanzas 1854.

Impropiedad en el uso de algunas palabras.

Siendo las palabras los signos con que espresamos nuestros pensamientos, cuando empleamos una palabra cuyo genuino sentido no es el que pretendemos espresar, es claro que contra nuestra voluntad damos á los que nos escuchan ideas diferentes de las que queremos transmitirles.

Si el que nos oye incurre en el mismo defecto de emplear las palabras en otro sentido del que ellas tienen, no nos entenderemos; y de esta suerte el divino dor de la palabra se convertirá en confusión como sucedió en la Torre de Babel. Es preciso reconocer que las palabras son para el pensamiento lo que las cifras numéricas para el cálculo : y así como haciendo mal uso de estas, tomando, por ejemplo, 4 en lugar de 6, el cálculo saldrá errado : así, empleando unas palabras por otras, ó en el sentido que ellas no tienen, el raciocinio induce en error al que oye; y los que hablan de tal suerte jamás podrán entenderse.

Empecemos la tarea de combatir el errado empleo de las palabras, con el abuso bastante comun en algunas de las Repúblicas de la América-Española, de llamar *Carta* la *Constitucion política*.

Es muy comun oír decir enfáticamente á muchos

(1) El original escrito en mi patria decia :

¡Solo Dios inmortal cante tu gloria!

pero al examinar mi querido amigo el señor Hartzenbusch esta oda, y colocándome su talento en un puesto que no merezco, me decia con la nobleza que le caracteriza : *Es menester que el verso varíe para que el autor se haga justicia, pues ha cantado al Niágara de una manera tal lo exige.*

Perdóneme el elegante cantor de doña Mencía, pero el autor del Niágara que rehusa tal distincion quedando agradecido á su amistad, por obsequio á ella y por respeto al critico muda el verso .. mas no se personifica.

hombres que blasonan de republicanos y liberales : « Nuestra *Carta*, la *Carta* constitucional y otras expresiones del mismo jaez. Pero, ¿se ha meditado bien sobre lo que se dice? ¿Se ha examinado con detencion lo que quiere decir esta palabra *Carta*, tomada en su acepción política?... Nosotros emprendemos el trabajo de analizarla, y haremos ver que es un grave despropósito usar como sinónimos estos dos términos *Carta* y *Constitucion*. Veámoslo.

Sobre las humeantes cenizas del Imperio romano, y despues de que habia campeado el sistema *municipal*, se levantó el régimen feudal ; régimen que tuvo su origen entre los germanos, y que extendiéndose por toda la Europa, la dominó por espacio de cinco centurias. Puede decirse que en esta época la sociedad no existia ; la dignidad real habia casi desaparecido : todo era individualismo, todo aislamiento. El señor feudal, desde el centro de sus altas almenas, se dignaba conceder ciertos privilegios á sus vasallos : estos privilegios escritos tomaban el nombre de *CARTA*.

Mas tarde, á esfuerzos del cristianismo, que no habia cesado de trabajar un instante en suavizar las bárbaras costumbres de los pueblos, y cuando se habian empezado á obtener sus benéficos resultados, haciendo volver en parte su dignidad al hombre subyugado por el hombre; cuando empezó á conocerse, que ni el derecho que llaman de la guerra, ni ningun otro, era bastante á dar poder legal al hombre para reducir á la esclavitud, para privar de sus derechos á otra porcion de seres inteligentes dotados por la omnipotente mano de iguales facultades, creados todos á su imagen y semejanza ; cuando movido el corazón de esa gente inculta, empezaban los amos á dar libertad á sus siervos, y les extendian por escrito la expresion de su voluntad, esta hoja escrita tomaba el nombre de *CARTA*.

Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, á principios del siglo XIII, hizo cesion á sus súbditos de una porcion de sus derechos reales, y les concedió ciertos privilegios. Este acto por el cual se aumentaba la libertad del pueblo, estos nuevos derechos adquiridos por los súbditos ingleses, fueron trazaños sobre un pergamino : y esta obra, no de la nacion en ejercicio de su soberanía, sino de la munificencia de un solo hombre, de un rey fatigado de sus tenaces luchas con el Papa, con los barones y con la Francia, es lo que con orgullo apellidan los ingleses, la *CARTA MAGNA*.

Juan II, rey de Francia, á mediados del siglo XIV, y Luis XVIII, á principios de este siglo, concedieron á la nacion francesa ciertas prerogativas y algunos privilegios; y estas prerogativas y estos privilegios concedidos por dos reyes á toda una Nacion, los franceses han llamado á imitacion de sus vecinos, la *CARTA*.

Del mismo modo, si el czar de Rusia, el sultan de Constantinopla, ó uno de esos monarcas absolutos del Africa, quisieran ahora conceder ciertos derechos á sus súbditos, ó mas bien esclavos, estas concesiones escritas tomarian el nombre de *CARTA*.

Véase, pues, lo errados que van los que por decir *Constitucion* dicen *Carta*. Estos tales confunden la expresion de la voluntad soberana, con el capricho de un solo hombre; la forma y condiciones á que las naciones quieren arreglarse en virtud del derecho que les asiste para constituirse y gobernarse, con la norma á que un solo hombre, tal vez un intruso, sujeta á miles de seres libres é inteligentes.

La *Carta* es, pues, el primer paso que se hace dar á una nacion por la senda de las garantías y del gobierno propio. La *Constitucion* es la consecuencia, el resultado natural de un pueblo libre. La una es la expresion de la voluntad de un hombre. La otra la expresion de la voluntad soberana.

J. M. TORRES CAICEDO.

Sebastopol.

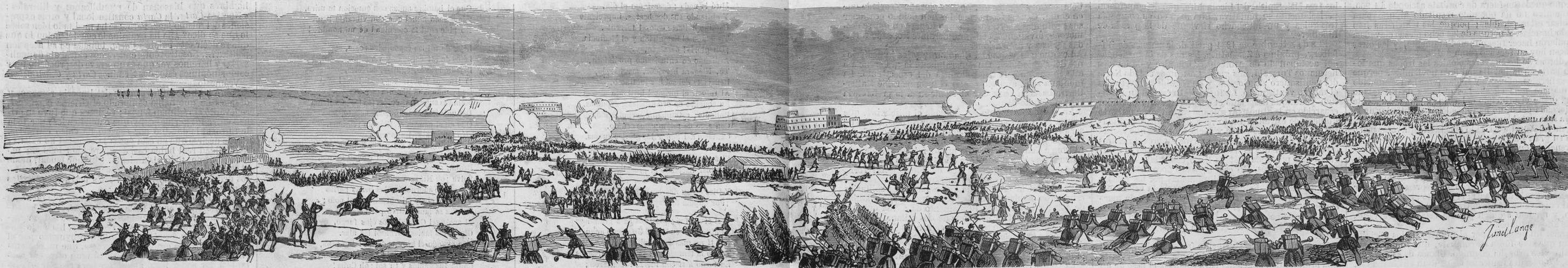
EPISODIOS DE LA BATALLA DEL 3 DE NOVIEMBRE.

El general de Lourmel.

Tenemos á la vista nuestras correspondencias particulares del teatro de la guerra, y ántes de extraer de ellas los pormenores que contienen, vamos á transcribir á continuación el parte del general Forey, que completa los que dimos en nuestro último número, firmados por los comandantes en jefe de los ejércitos aliados. Este parte en que se dan detalles sobre el ataque dirigido por los rusos hacia las baterías 1, 2, 3, 4 y 5, que fué el principio de la accion, contiene tambien una narracion que será leida con interés, sobre el valor y ardiente bizarría del general de Lourmel, que sucumbió desgraciadamente de resultas de sus heridas. He aquí lo que dice este parte fechado delante de Sebastopol el 7 de noviembre, y dirigido al ministro de la Guerra :

Tengo la honra de participaros que el 3 de noviembre, á las 9 de la mañana, la izquierda de nuestros ataques contra Sebastopol fué embestida por una columna rusa compuesta de 4 batallones que forman el regimiento de Minsk, de un batallon del regimiento de Wolhynsk y de cierto número de hombres resueltos que les seguian. Esta columna, compuesta de mas de 5,000 hombres, apoyada por una batería de artillería, salió por el baluarte de la Cuarentena y siguió el barranco situado á la izquierda de nuestras líneas.

Favorecida por una espesa niebla que no permitió verla, ni por tanto oponerse á su paso, cayó con fuerza sobre las baterías número 1 y 2, á las cuales llegó. Los que servian estas baterías se vieron obligados á retirar-



Campana de Crimea. — Salida ejecutada por los rusos el 5 de noviembre, contra las baterias 1a., 2a., 3a., 4a. y 5a. de la trinchera delante de Sebastopol.

se hacia los batallones del 39° y 19° de línea, y sobre cuatro compañías de la legion extranjera, encargadas del servicio de las trincheras. Estos batallones o fracciones de batallon debieron replegarse así bajo los esfuerzos de la columna rusa; pero volvieron a tomar vivamente la ofensiva cuando dos compañías del 19° batallon de cazadores de reserva y cuatro de la legion extranjera, procedente de la casa de las Canteras, llegaron al sitio del combate.

El general la Motte Rouge, que ocupaba su puesto de trinchera en la 1ª paralela, acudió inmediatamente a los puntos atacados, con algunas compañías del 2º de ligeros.

Cuando llegó a las baterias números 1 y 2, estas se hallaban ya evacuadas por el enemigo, rechazado a las vertientes del barranco, a muy poca distancia de la trinchera. A la voz del general, nuestros soldados pasaron con ardor a la primera línea de defensa, persiguieron al enemigo, le hicieron un fuego mortífero, y se detuvieron a la altura de la casa llamada de la Orilla, tomando posición detrás de las murallas, desde las cuales continuaron el fuego.

Mientras esto sucedía, al primer ruido de fusilería, monté a caballo y tomé las disposiciones siguientes: Mandé al general Lourmel que se dirigiese directamente sobre la casa incendiada, y al general Aurelle que avanzase teniendo su frente en el camino de Sebastopol por la parte del mar.

La instruccion dada a S. A. I. fué que mantuviera su division sobre las armas y se adelantase hasta la casa del Clocheton, a fin de apoyar mi derecha, durante el esfuerzo que se hacia en mi izquierda.

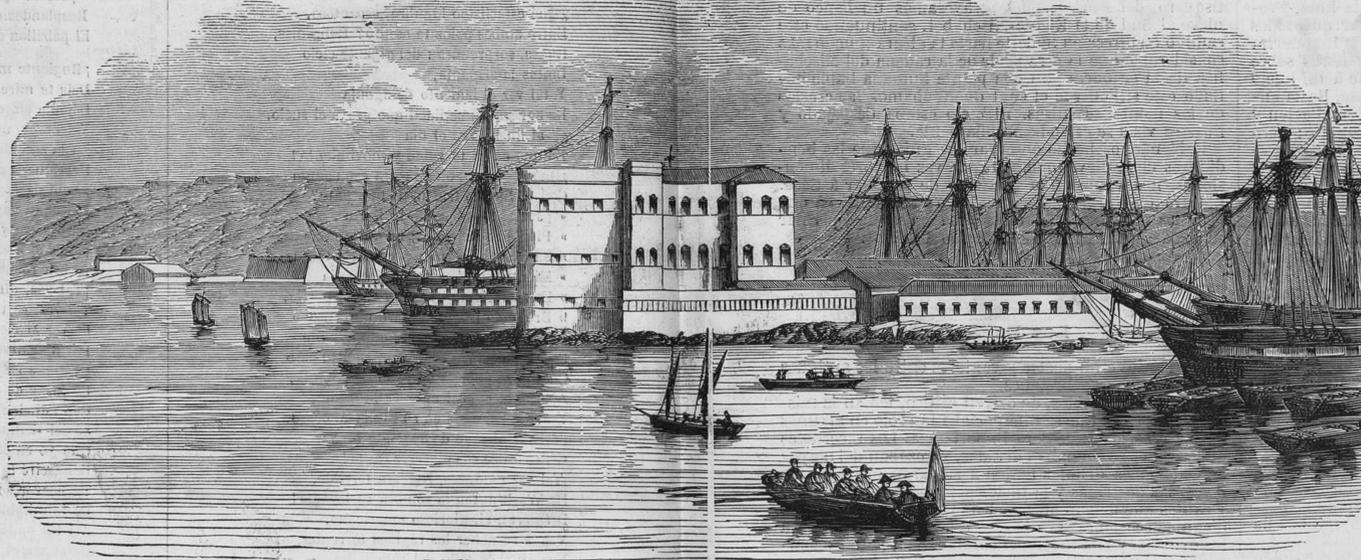
La division Levailant, colocada en el sitio que ocu-

paban las brigadas de Lourmel y de Aurelle, al momento de marchar avanzó de frente en columnas cerradas por brigadas. El general Levailant estaba a 300 metros de esta línea, esperando el momento en que fuese necesario su concurso.

Yo me puse tambien al frente del 5º batallon de cazadores y de artillería, y subí el cerro de las Canteras perpendicular al camino de Sebastopol, para cortar la retirada al enemigo, en caso de que hubiera avanzado mas allá de las baterias números 1 y 2.

Tales son las disposiciones generales que tomé para poder atender a todo evento a cuanto ocurriese a las fuerzas de sitio. Vigorosamente atacado, veia el fuego en direccion de Inkermann, donde sabia que os hallabais muy comprometido; pero no pudiendo juzgar en qué punto se haria el esfuerzo mas violento debí avanzar al combate con mis primeras líneas apoyadas por todas mis reservas.

La brigada de Lourmel, guiada por su jefe con un ardor indecible, rechazó al enemigo tan luego como se halló a su presencia. Dos



El fuerte de San Pablo en el puertode Sebastopol.

batallones del 26º de línea persiguieron con encarnizamiento a los rusos, que se retiraron desordenadamente. Entonces fué cuando el general la Motte Rouge, viendo llegar al general de Lourmel a la altura de la bahía de la Cuarentena, donde estaba en posición, le siguió en su movimiento ofensivo. Nuestras tropas, estimuladas por el ardor del triunfo, llegaron a distancia de las murallas de la plaza, impeliendo delante de sí las masas rusas, al paso que la seccion de artillería, mandada por el teniente la Hitte, disparaba sobre ellas bombas y balas rasas.

Yo me habia situado con el 5º batallon de cazadores en el flanco derecho del general la Motte Rouge y a la altura de la Cuarentena.

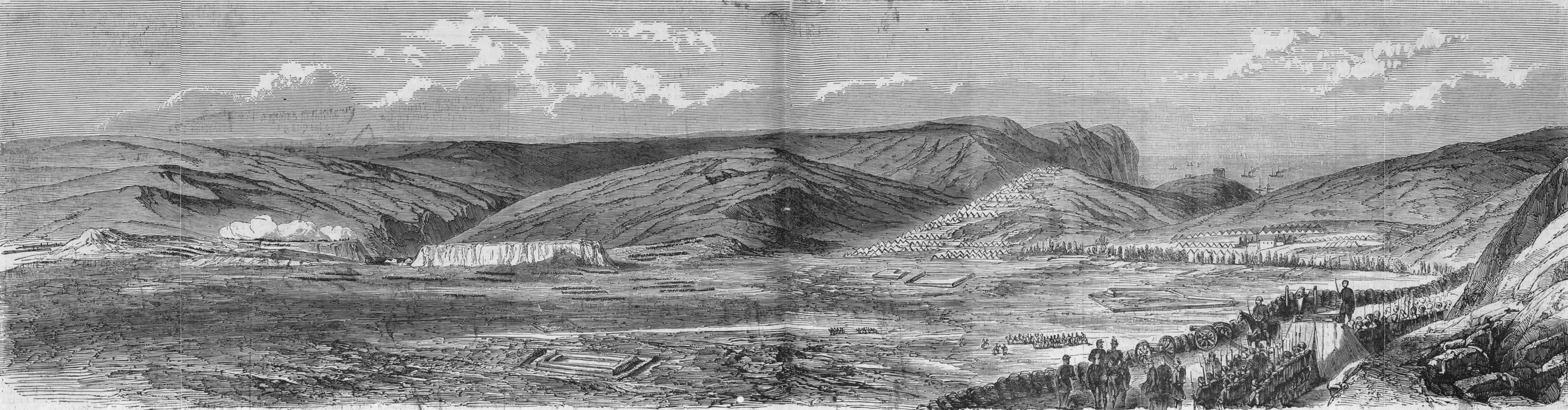
Juzgando que la persecucion hecha al enemigo se habia llevado mas allá de lo que era debido, envié al jefe de escuadron Dauvergne y al capitán de estado mayor Kolsen, para que diesen orden a los generales de retirarse inmediatamente. Gran trabajo costó efectuar este movimiento por el ardor de que se hallaban poseidos los jefes y soldados.

Esta retirada estaba sostenida por la posición que yo ocupaba a la derecha con el 3º batallon de cazadores, en el centro por el resto de la brigada de Lourmel escalonada, y a la izquierda por el general Aurelle, el cual se habia corrido hasta la orilla del mar y apoderándose a viva fuerza, en medio de una cantidad inmensa de proyectiles lanzados de la plaza, de los edificios de la Cuarentena, que ocupó con el primer batallon del 74º de línea. En segunda línea, y en una posición dominante, dejó al coronel Deuret con dos batallones prontos a acudir a toda eventualidad.

La ocupacion de aquellos edificios fué utilísima, porque protegió eficazmente la retirada de la brigada de Lourmel; razon que me hace insistir sobre esta disposición tomada por el general Aurelle. Con esto cesó el fuego encarnizado de fusilería de los rusos, que habiendo avanzado de nuevo, costeaban la parte Norte de la bahía de la Cuarentena. El fuego del batallon del 74º de línea, dirigido con el mayor acierto, obligó a los enemigos a tocar retirada por segunda vez y a meterse en la plaza.

En esta parte del Norte era donde yo queria poner fin a la persecucion del enemigo, si, impulsado por un ardor guerrero que deploro, el valiente general Lourmel no hubiese llevado a sus tropas mas allá. En esta persecucion, gravemente herido por una bala que le atravesó el pecho, entregó el mando al coronel Niol, que se vió obligado a emprender la retirada, bajo el fuego mas violento de todas las baterias de la plaza. Este movimiento no cesó hasta colocarse las fuerzas detrás del barranco de la Cuarentena.

Nuestras pérdidas han sido muy sensibles; pero no creo faltar a la verdad si digo que el número de los



Posicion de los ejércitos ruso y aliado en derredor de Balaklava.

rusos que quedaron fuera de combate asciende á 4,200.

El enemigo no ha obtenido resultado alguno para compensar estas pérdidas; porque las trincheras han quedado intactas, y porque de las ocho piezas clavadas, seis pudieron hacer fuego inmediatamente, y las otras dos hacen hoy su servicio como ántes.

Son dignas de los mayores elogios las tropas que tomaron parte en la batalla del 5 de noviembre, porque todos, generales, oficiales y soldados me han secundado de la manera más eficaz. Los oficiales de mi estado mayor, desde el principio del sitio, y particularmente en la jornada del 5, no han dejado de manifestar de la manera más notable su valor y sangre fría.

El general Aurelle ha dado las más inequívocas pruebas de su gran inteligencia militar.

El general Lourmel que á pesar de hallarse gravemente herido, no entregó el mando hasta que le abandonaron completamente las fuerzas, ha sido la admiración de todos. Acaba de sucumbir á resultas de su herida. No encuentro palabras con que espresaros el dolor que me causa esta desgracia; el ejército pierde en él un general cuyo valor no encontraba obstáculo de ningún género, y un jefe á quien parecía estaban reservados los más altos destinos.

Notareis, mi general, por el número de los oficiales que han quedado fuera de combate, que son el objeto especial de los tiros del enemigo. Ufanos de esta predilección, los oficiales franceses no ocultan sus insignias, como lo hacen los enemigos, vistiendo capotes de soldado.

Hasta aquí, el parte del general Forey; ahora á mayor abundamiento añadiremos que, según nuestras noticias particulares, esos mismos oficiales que ocultan sus insignias se complacen en la acción y después de la acción, en el derramamiento de sangre. Un coronel ruso herido, dice una de nuestras cartas, fué recojido y llevado al hospitalillo de sangre por los soldados franceses y de allí se le envió á Kamiesh para mandarle á Constantinopla, pues en esta se presentaron á reclamarle varios oficiales ingleses, que llegaron á tiempo para impedir su embarque. Parece ser que ese miserable, no solo había dado orden de pasar á cuchillo á los heridos, sino que acompañó su orden con el ejemplo. Sería muy deshonroso para la Rusia que todos los oficiales de su ejército tuvieran esta infame conducta.

« El 9, dice el autor de los dibujos que acompañan á este artículo, estuve en Balaklava para poder enviar á Vds. esa magnífica posición, así como la vista de los terrenos que ocupan los rusos. Solo la llanura que no es más que un ancho barranco separa á los aliados del enemigo; los franceses y los ingleses ocupan la vertiente de la derecha mirando al mar, así como el principio de la llanura delante de Balaklava.

» Los rusos ocupan las crestas de la izquierda, y también una garganta profunda que desemboca, casi en el ángulo donde el barranco tuerce dirigiéndose ménos ancho hacia Sebastopol. Cuatro reductos cuyas ruinas se pueden ver en medio de la llanura fueron tomados por los rusos contra los turcos que las defendían. Casi en línea con los reductos por el lado de los rusos, hay una altura sobre la cual avanzan en este momento, y á la izquierda se ve la entrada de la garganta en cuyo fondo hay una aldea donde están concentradas gruesas columnas. Sobre el terraplen, á la izquierda de la garganta, está su parque de artillería; todo el terraplen está fortificado, y luego sus tropas desaparecen después de una colina que oculta una parte en ese terraplen, para descubrirse más lejos.

» Fuertes destacamentos y columnas ocupan también la llanura próxima á esas posiciones; todas las tropas están acampadas al aire libre, sin tienda ni abrigo de ninguna especie; casi siempre con el fusil al hombro, y formados en línea, los soldados deben padecer mucho, sobre todo en los días de fuertes lluvias que tenemos. Los campamentos de los aliados se han fortificado cuanto lo permitía la naturaleza del terreno; muchas baterías y reductos protegen las tiendas de nuestras tropas. »

Ascension al Monte-Rosa.

M. Kennedy, profesor del colegio de Cambridge, ha escrito la siguiente carta sobre la ascension que ejecutó al Monte-Rosa en setiembre último:

El Monte-Rosa y el Monte-Blanco forman como es sabido, las dos extremidades de los Alpes Apeninos... Ambas llaman igualmente la atención de los viajeros.

La altura del Monte-Blanco está calculada en 46,744 piés ingleses; la del Monte-Rosa será, á juicio de M. de Saussure, de 45,760, si bien Vod Welden, que la ha medido recientemente, la calcula en 45,158 piés ingleses, mientras que las últimas operaciones trigonométricas hechas de orden del gobierno la fijan en 45,224. En cuanto á las ascensiones hechas á esta montaña creo, según mis informes, que la primera tentativa data del año de 1849, que fué la del profesor Studer, ocupado en la seccion de trabajos geográficos. No llegó este profesor al punto más elevado; pero Matias Zum Turgwald, uno de sus guías, le prestó un considerable servicio efectuando solo la ascension. Desde aquella época creo que no se hayan hecho tentativas para llegar al punto culminante si se exceptua la de M. Bird, que solo pudo llegar á la distancia de 400 piés de la cúspide. M. Bird iba acompañado el 1º de setiembre de 1854 de

los tres MM. Smith, del Lincolnshire, que desempeñaron perfectamente su tentativa. Llevaban en su compañía tres guías y un muchacho sirviente de la posada de Riffelberg.

El 8 de setiembre de 1854 partí de la posada de Riffelberg, próxima á Zermath, á las dos de la madrugada, acompañado de Albrecht, Alejandro y de los dos hermanos Turwald, mis guías. Costeamos el lado Norte del ventisquero de Gorner, y en seguida atravesamos el mismo ventisquero. La luna estaba casi en su plenitud, y aunque despejado el cielo, el gran resplandor esparcido en la atmosfera solo me permitía ver un corto número de estrellas. En torno nuestro aparecían masas de montañas de nieve y hielo sobre las que resbalaba el brillo magnífico de los rayos lunares, mientras que por otros lados se hallaban sumergidos en la oscuridad más profunda. Estaba lleno este viaje de emociones y de interés. En esta hora tan poco distante del día, las alturas aparecían iluminadas por los reflejos del alba matinal. Esperábamos con ansia la venida del día, pensando en el tiempo que nos quedaba de marcha; y por otra parte el objeto de nuestro viaje era de aquellos que pocas personas se habían atrevido á emprender y apenas existía una sola que le hubiese dado cima.

La mañana era excesivamente fría. Los charcos en el ventisquero se habían helado durante la noche, hasta una profundidad suficiente para soportar el peso de un hombre. Toda la superficie del ventisquero y el hielo de los charcos estaban cubiertos de una escarcha que brillaba como diamantes á la claridad de la luna, y sonaba bajo los piés con ese ruido particular que todos han podido observar durante las heladas en Inglaterra. Después de una marcha de ocho ó nueve horas sobre nieve ó hielo, llegamos á un sitio distante á mi juicio 60 piés por bajo de la cima del Monte-Rosa. Hasta entonces todos los guías habían manifestado vacilación y dudas sobre el buen éxito de nuestro proyecto; pero una vez en este sitio el mayor de los hermanos Turwald se aventuró el primero á buscar un paso practicable. Llegó á la cima: pero á su vuelta, al cabo de tres cuartos de hora, nos hallábamos tan adormecidos, debilitados y aun desanimados, que no pudimos avanzar un paso más: nos vimos pues precisados á regresar á Riffelberg, con la pena de no haber logrado nuestro intento.

El lunes siguiente 14 de setiembre, repetí mi tentativa acompañado de Juan y de Matias Zum Turgwald, Benito Lier el sirviente de la posada de Zermath, jóven muy activo y emprendedor que ha subido al Monte-Blanco, y mister Chalmély y su guía. Pusimonos en marcha á las dos de la madrugada, tomando un camino más recto y mejor, atravesando el sitio llamado «Auder Platte,» en vez de pasar por el que nombran «Obden Seen.» A las ocho y media nos hallábamos en la esplanada de nieve que forma la base del cono. Me parecía haber caminado muy de prisa, y que M. de Chambley había quedado demasiado atras. En efecto ya no pudo volver á incorporarse á nosotros. Después de descansar y de comer en esta esplanada, emprendimos de nuevo la marcha á las nueve.

Esta es indudablemente la parte más difícil de todo el viaje. El cono es una roca esarpadísima de unos 400 piés de elevación. Sus quiebras y asperezas están llenas de resbaladizos y duros témpanos de hielo. Es preciso escalarlos rápidamente. Detenerse un momento, como lo hice en la primera ascension, es peligroso, porque el frío es tan activo, que basta un minuto para que la mano mojada por la nieve, quede helada al contacto de la roca. Según Leer nos informa, la ascension al Monte-Blanco es más larga y fatigosa que la del Monte-Rosa; pero los 400 piés que nos faltaban para llegar á la mayor altura del Monte-Rosa, ofrecen dificultades que en ningún punto del Monte-Blanco se encuentran. Llegamos, por fin, á la cima á las diez ménos cuarto, permaneciendo en ella una media hora. Planté una bandera encarnada sobre el picomas elevado, al lado de la camisa de M. Smith, que también dejamos flotando á merced del viento.

En todas mis ascensiones habia disfrutado de un temporal apacible, pero jamás de tan magnífico panorama. El cielo presentaba por todas partes, hasta donde la vista alcanzaba, un hermoso azul púrpura oscuro. Al Mediodía, una parte de la Italia estaba velada por ligeras nubes. Un sol radiante iluminaba montañas de vapores que flotaban á 8,000 piés por bajo de nuestra planta y presentaban un cuadro mucho más bello que el de las ricas llanuras de Lombardia. Nuestra vista descendía á los valles abiertos al pié del Monte-Rosa, y seguía las sinuosidades del Anza, desde el ventisquero en que este río tiene nacimiento hasta que se pierde en el lago Mayor. Al Este se elevaban á lo lejos las montañas del Tirol. Al Norte teníamos el Oberland-bernés, y á nuestros piés se dibujaban las crestas de todas sus montañas. Al Noroeste divisábamos el Jura y la cadena que corre á lo largo del lago de Génova. Al Nordeste nuestro rival el Monte-Blanco arrogante y temible. Mas lejos, al Sudoeste, el Monte-Cenis en figura de torres se destacaba en el horizonte. Después seguía una cadena de montañas, desconocidas para nosotros, que se perdía en un corto espacio azulado que suponíamos ser el Mediterráneo.

La cima del Monte-Rosa es notabilísima. No es una roca compacta de una sola pieza, sino una infinidad de piedras enormes, irregulares, amontonadas al parecer por la acción de un agente de los más poderosos. No me atrevería yo á anticipar una opinión sobre la primitiva formación de este cono, que ha debido ser en

tiempos muy lejanos mucho más elevado y cortado que en el día. Causas bien conocidas han debido ocasionar sus profundas aberturas. Tiempo llegará en que se desmorone, dividiéndose en innumerables trozos de variadas formas y dimensiones.

Los que han visitado á Chamouny y las inmediaciones del Monte-Rosa, dan generalmente la preferencia á este en cuanto á la magnificencia del espectáculo. La montaña sola, aun sin contar el incomparable Matter-Horn, bastaría para dar al Monte-Rosa la preferencia sobre el Monte-Blanco.

La cadena de montañas, llamada el mischabet, que separa los valles de la Saas ó de San Nicolás, acaba de ser proclamada la más elevada de Suiza, resultado del trabajo geodésico ejecutado de orden de un gobierno. El Dom á Gaben-Horn, es de punto culminante de esta cadena. Se eleva á la altura de 13,440 piés ingleses, ó sea 4,000 piés más que el pico del Fimster-Aar Yorn, montaña la más elevada del Oberland-bernés.

Es general la creencia de que estos valles solitarios estuvieron poblados en tiempos remotos por colonias de Asia; y lo que más fundamento dá á esta opinión es que Mischabel se compone de dos palabras árabes que significan «la mas alta del centro.»

El lunes 28 de agosto de 1854, á las tres de la madrugada, marchamos con intento de escalar el Dom. Era la primera vez que se había hecho semejante tentativa.

La comitiva se componía de M. Heer Imreng, el respetable y famoso párroco de Saas, dos guías, M. Stevenson, mi compañero de colegio y yo. Bordeamos el ventisquero del Fee, después atravesamos un banco de nieve al Sud de la Kleine-Mischabel, continuando este camino en dirección Sudeste hasta la altura mucho más considerable que la otra parte de la cadena del Mischabel. Hasta entonces jamás la planta humana había hollado este sitio desde el cual dominábamos las crestas de las montañas suizas. El cielo estaba despejado y nuestra vista se extendía ampliamente.

Habiéndonos hecho observar los guías que las hendiduras de la nieve tomaban cada vez mayores dimensiones, nos vimos en la precisión de regresar á Saas. Llegará día, probablemente el año que viene, en que oigamos decir que un trepador ha conseguido plantar su bandera encarnada sobre el pico del Dom.

Los Bardos.

Los bardos eran poetas y cantores entre los antiguos galos, germanos y bretones.

Todos estos pueblos, de origen céltico, tenían la misma religion, la que se diferenciaba tan solo en algunos ritos accesorios y de poca importancia. Los sacerdotes de los galos se llamaban druidas, y gozaban del mayor aprecio. Estos druidas tenían á su cargo propagar las leyes, las doctrinas y la historia por medio de poemas y cantos que debían aprender de memoria y cantar en distintas ocasiones. Los bardos estaban subordinados á los druidas, y sus funciones consistían en cantar acompañándose con instrumentos músicos, las hazañas de los héroes. Asistían á las batallas para animar á los guerreros con sus cantos, y dar con sus gritos la señal del peligro ó de la victoria.

Los germanos tenían también sus bardos; pues aun cuando Tácito habla solo de los druidas, como los druidas y los bardos no formaban más que un cuerpo, es evidente que donde habia druidas habia también bardos. Las funciones de los bardos germanos en nada se diferenciaban de las de los bardos galos.

El druidismo tenia su principal asiento en Bretaña, adonde enviaban los galos á sus hijos para que se instruyeran en el arte y los misterios de esta orden. En todas las principales poblaciones del reino habia colegios para la educación de los bardos. Los druidas les enseñaban la poesía, la historia, la elocuencia, las leyes y la música. Cuando el discípulo terminaba sus estudios, que regularmente duraban doce años, tomaba el título de *Ollmach* ó doctor, y podía aspirar á las tres dignidades reunidas de *Filea*, *Breistheamb* y *Scanacha*, dignidades que posteriormente se dividieron por lo difícil que era cumplir simultáneamente sus diferentes obligaciones.

Los *Fileas*, bardos de primera clase, eran los poetas: ponían en verso los dogmas de la religion, animaban á los guerreros durante y después del combate con odas y cantos belicosos, y divertían al pueblo en las fiestas públicas, contándole las fabulosas historias de la antigüedad. Marchaban á la cabeza del ejército, vestían una túnica blanca, llevaban arpas, y los rodeaba continuamente una tropa de músicos. Durante el combate se separaban del campo de batalla. Eran sagradas sus personas, y desde un sitio seguro observaban los hechos de los jefes y sobre ellos componían sus cantos.

La segunda clase, la de los *Breistheambs*, se componía de legistas. Estos bardos estaban encargados de promulgar las leyes, para lo que las cantaban en un tono monótono. Desempeñaban á un tiempo las funciones de jueces y de legisladores.

Los *Scanachas*, bardos de tercera clase, eran anticuarios y genealogistas; conservaban en malos versos todos los acontecimientos notables y las genealogías de sus patrones.

Además de estas tres órdenes, habia otra inferior, compuesta de bardos *instrumentistas*. Llamábanse generalmente *Girfidigh*, y acompañaban los cantos de los bardos de las órdenes superiores.

Después del establecimiento del cristianismo en Irlanda, desaparecieron los druidas, pero la orden de los bardos conservó todas sus instituciones, con la única diferencia de que en vez de dirigir sus himnos á los falsos dioses, consagraron sus arpas y sus voces al Dios de los cristianos.

Colmados de honores y riquezas, revestidos de privilegios extraordinarios, poseedores de un arte influyente en todas las clases de la sociedad, y respetados en razon de sus muchos conocimientos, se entregaron los bardos á la indolencia y corrupcion; y á tal extremo llegaron sus excesos, que en el año 880 el rey Hugo convocó una asamblea nacional, la que disminuyó considerablemente el número de la orden, y despojó á esta de la mayor parte de sus privilegios.

La invasion de los daneses detuvo en Irlanda los progresos del arte. Estos bárbaros destruyeron todos los colegios de los bardos y quemaron sus libros. Después de su expulsion, el rey Brien protegió de nuevo las artes y devolvió á la orden de los bardos su antiguo esplendor.

Desde esta época sostuvo la Irlanda frecuentes guerras, y las artes sufrieron mil vicisitudes. Después de la conversion de los normandos, en el siglo XI, intentaron los irlandeses volver las cosas á su primitivo ser; pero en vano, porque el celo por las artes habia perdido mucho de su glorioso fervor.

Durante el reinado de Isabel empezó á perder su crédito el título de bardo, tan venerado en otro tiempo en Irlanda. Esta reina lo despojó de su bienes y privilegios, de modo que se vieron precisados á entregarse á una vida errante. En los reinados siguientes fueron mas envilecidos, y acabaron por dispersarse y desaparecer enteramente. El último bardo: murió en 1738 se llamaba Turlong O'Carola, y la Irlanda le debe sus mejores canciones nacionales.

G. F. COLL.

A una Desdenosa.

ODA SÁFICA.

No mas tormentos á mi amor prepares,
Ni mas pesares con desden fingido
Destines, cruda, al que por tí tan solo
Vive y suspira.

Si preso he sido en tu amorosa llama,
Y á tí la fama te celebra, hermosa,
Entre las bellas, la que al dios Cupido
Rinde mas culto;

¿Porqué dilatas mi ideal ventura,
Y la ternura que impaciente aguardo,
Esquiva, ingrata, á mi ardoroso pecho
Llegar no haces?

Acoge afable mi humilde ruego;
Llégate luego, llégate á mis brazos,
Donde te espera del amor mas fino
La mayor prueba.

M. C.

Revista de la moda.

SUMARIO. — El día de año nuevo. — De la nueva clase de aguinaldos. — Una estufa que sirve de capa. — Nuevas creaciones de la moda. — Trajes de baile. — Un nuevo tocado. — Los vestidos en forma de campana. — El talma de plumas y el Júpiter de nuestros tiempos. — El armiño para forro. — Una chaquetilla Walter Scott, otra Luis XV y otra con franjas de azabache. — Sobre los prendidos que se ven en nuestro figurin. — Descripción de cuatro trajes de baile.

Ninguna época mas propicia que la presente para hablar de novedades... ¡el día de año nuevo! es decir el tiempo de los obsequios, de las finezas y regalos. Este año los aguinaldos (no hablo en general, por supuesto) han sido de una apariencia vulgar y grotesca. En vez de todos esos recuerdos de amistad que salen de las confiterías encerrados en preciosos cofrecillos, se han regalado pieles de carnero, chalecos de felpilla, batas de pieles y otras cosas por el estilo; las señoras han olvidado aquellos tirantes con guirnalda bordada de seda azul, aquellos gorros griegos y aquellas babuchas con que demostraban en otro tiempo su afecto ó su cariño. Cuéntase que la mujer de un general imaginándose lo mucho que debía sufrir en campaña su marido acostumbrado al confortable del hogar doméstico, ha tenido la humorada de mandarle una bonita estufa. ¡Buen recuerdo! La estufa llegó á su destino, pero el general respondió á su mujer que careciendo de leña y de carbon en el punto en que se hallaba, se veria obligado á pasearse con su estufa á la espalda cuando hiciera mucho frío. ¡Pobres soldados! La fiesta del día de año nuevo ha sido triste con el recuerdo de esa terrible guerra.

Y sin embargo, la moda no ha dejado de crear preciosas obras maestras de coquetería, de gracia y de elegancia. Antes que renunciar al lujo, seria capaz de vestir con sus actualidades, á falta de señoras, á las estatuas de Tullerías, del Luxemburgo, de Versalles y de Trianon.

Hablemos, pues, de vestidos y de adornos, y para principiar elijamos un vestido de baile. He aquí un vestido de tafetán blanco con tres volantes rayados de cinta color de rosa de China; al borde de cada volante hay dos cintas, una muy

ancha y la otra estrecha sobre la primera; luego se ven cintas colocadas horizontalmente sobre la altura de cada volante en oposicion las unas con las otras. El corpiño es escotado y rayado de cinta rosa con encaje alzado sobre el hombro por un lazo de cinta con puntas flotantes; apénas se sabe como está hecha la manguita, pero el lazo que sostiene el encaje sostiene igualmente la manga; es cierto que se necesita tener un brazo digno de que se vea y que se admire.

Después tenemos un vestido color de perla con tres grandes volantes á cuyo borde se ve una lista de cuadritos, y cubiertos cada uno con otro rico volante de encaje de Chantilly, que llega hasta donde principian los cuadritos de terciopelo; en la falda y en el nacimiento de cada volante se ven iguales cuadritos de terciopelo. El corpiño es escotado y en punta, con adorno de encaje negro y lazo de terciopelo negro.

Luego tenemos otro vestido de tafetán color de rosa adornado con tres volantes de lo mismo, con ribete de tres volantes pequeños fruncidos en ruche; sobre estos volantes de tafetán color de rosa, flotan tres volantes de encaje, pero ¡qué encaje!... En él se ven todas las flores de la primavera con flequillo. Añadirémos que este encaje es verdadero punto de Inglaterra, ¡nada ménos que eso!... A cada lado de la falda van prendidos tres gruesos ramilletes de dos enormes rosas, con botoncitos y matas de reseda y de no me olvides; por entre las flores salen largas cintas de seda color de rosa. El corpiño de este vestido es aplastado, muy escotado y en punta, con tirantes de flores y solapas de encaje de Inglaterra. Las mangas afolladas son la mitad de tul color de rosa, y la otra mitad de encaje con lazos de flores y de cinta color de rosa.

Pero lo mas original es el tocado; figúrense mis lectoras un peinado empolvado... con blonda muy aérea y vaporosa; á cada lado punto de blonda y botones de rosa con hojas muy verdes; los dos adornos de botones de rosas se hallan sostenidos con dos cintas del mismo color y puntilla de blonda, de las cuales una se termina con un lazo de puntas flotantes hasta el cuello, en tanto que la otra cuelga hasta la mitad de la espalda; la cinta y el lazo tienen una gracia nunca vista. Pero no es esto todo; hay además otros dos lazos que se adelantan sobre la cabeza, uno en medio de los bandós y el otro sobre el rodete; solo se pueden comparar con dos mariposas que revolotean.

Me queda por describir aun otro prendido de baile muy bonito. El vestido es de tafetán blanco, rizado hasta la mitad de la falda con tul muy blanco y diáfano: los afollados van adornados de este modo de paño en paño: en medio del paño una rama de hojas verdes de crespon, y á cada lado de esta guirnalda un cordón de rositas bien abiertas y una ruche de cinta color de rosa; este adorno se repite al rededor de la falda. Sobre los afollados flota una doble falda de tul blanco guarnecida de guirnalda de rosas; por un lado hay presillas de rosas, de hojas y de cintas que levantan la doble falda de tul; sobre el corpiño hay dos solapas de tafetán blanco, rizadas de tul, con tirantes de rosas y de hojas, prendidos por delante en la cintura con un grueso ramillete de rosas y muchas hojas.

Ahora que he concluido con los prendidos de baile entraré en los trajes de vestir. — ¡Ah! se me olvidaba el talma de plumas que las señoras se ponen sobre los hombros para entrar y salir de los bailes y en el teatro Italiano. El talma de plumas blancas con llamitas azules ó de color de rosa es sumamente aristocrático; nada puede inventarse mas suave y mas sedoso, y fácilmente se comprende al ver los reflejos nacarados y plateados de la pluma, que Júpiter se haya metamorfoseado en cisne para hacer creer á la imprudente y coqueta Leda que la adoraba. En el día, el Júpiter moderno se transforma en billetes de banco; esto es ménos poético, pero es mejor recibido todavía. — En cuanto á los talmas de armiño, la moda que desdeña siempre todo lo que preconizó el año anterior, ordena que se forren de pieles. Los hombros de las señoras no se quejarán de este nuevo capricho de la moda, ni el armiño tampoco. Todo se arregla perfectamente en el imperio de la moda.

Los corpiños de los trajes de vestir se hacen con faldetas y sin ellas, con tirantes y sin ellos. La fantasía lo admite todo, y cuanto mas escéntricas y singulares son las mangas, tanto mas se adaptan al gusto del día; se suelen ver corpiños que carecen de mangas. Se ponen cuatro ó cinco cintas que corren sobre una manga interior afollada á la Luis XIII con lazos de cinta y volantes de punto de Venecia. La crinolina sigue haciendo furor; la moda no admite otra cosa. Esta es una invencion particular, tan agradecida por las señoras que tienen motivos para ponerse huecas, que pensamos tardará mucho tiempo en desterrarse; si realmente fuéramos tan voluminosas como nos ponemos con la crinolina, inventaríamos mil medios, aun á costa de la vida, para enflaquecernos un poco. A beneficio de esta invencion, la moda transforma á la mayor parte de las mujeres en campanas, y de las mayores.

He aquí la descripción de tres corpiños para llevar con faldas de color. El primero es de paño, de un corte graciosísimo, es un corte del tiempo de Walter Scott ó del vicario de Wakefield; la chaquetilla es subida, se lleva abotonada, y termina en una doble faldeta con canelones formados por el corte y no con pliegues; cada faldeta lleva un ribete de galon de seda, con un adorno de lo mismo en tres hileras; las mangas son iguales á las de los fraes de los hombres, esto es, medio ajustadas y redondas; encima llevan un vasto jockey cortado al sesgo y con canelones como las faldetas.

El segundo corpiño es una chaquetilla Luis XV de terciopelo negro con solapas y faldetas fruncidas de terciopelo calado como un verdadero bordado inglés. Las mangas son aplastadas y llevan volantes de terciopelo bordado.

El tercer corpiño es tambien de terciopelo negro pero subido; en forma de tirantes, lleva una hermosa franja de azabache negro de diez cent. de altura; las faldetas van guarnecidas con una franja igual; las mangas son aplastadas, casi justas, muy anchas per abajo y con franja de azabache; en toda la altura de la manga corre una franja que oculta una costura que no existe.

Termino con la descripción del figurin de este número que representa cuatro trajes de baile.

Llamo la atención de mis lectoras sobre estos preciosos prendidos, que han sido tomados y copiados escrupulosamente para que puedan dar una idea justa de los adornos, del corte y de los tocados á la moda. No basta decir esto está á la moda, sino que es preciso dar pruebas de lo que se dice.

La primera figura de joven lleva un vestido de color de rosa con tres volantes de gasa del mismo color, formando como tres faldas sobre transparente de tafetán color de rosa. Cada volante, ó mas bien, cada falda, va guarnecida con pequeños afollados de gasa color de rosa, con blonda blanca que serpentea en aquellos festones. Los afollados son cuatro, y de distancia en distancia están sembrados de margaritas mezcladas blancas y de color de rosa; corpiño aplastado, escotado, muy en punta y con margaritas diminutas; guantes blancos muy cortos; brazaletes redondos sembrados de brillantes; pañuelo de mano Chaprou, de encaje de Inglaterra; tocado niña, formado de gruesas trenzas, muy flotantes que rematan en rodete desatado en la caída del cuello; tres pequeños bucles vaporosos se escapan del rodete y caen sobre los hombros; sobre el rodete de los cabellos hay otro rodete mas pequeño de gruesas margaritas.

Segundo traje. — Vestido de muaré antiguo con rayas blancas y reflejos dorados; corpiño escotado con faldetas, guarnecido de encaje de plumas blancas y oro; por delante se ven tres broches de rubíes, diamantes y topacios dorados; tocado turbante; collar adecuado á los broches; cabellos levantados á la Emperatriz, y brazaletes en juego con el collar y los broches.

Tercer traje. — Joven de diez y ocho años. — Vestido blanco de gasa con tres faldas afolladas sembradas de estrellas de terciopelo azul y plata; sobretodo de terciopelo epinglé, con pieles de pluma, y plumas de la casa Breteau; tocado en bandós describiendo ondas caprichosas, con estrellas azul y plata sembradas al acaso; al lado y casi sobre el cuello, adorno de plumas blancas; brazaletes lujosos.

Cuarto traje. — Vestido de gasa doña María, color de perla, con cinco volantes adornados de guirnalda de rosas con hojas verdes; corpiño escotado, de tirantes, y adecuado á los volantes; mangas afolladas; tocado de cabellos ondulados, que ocultan por el lado una trenza que da vuelta á la cabeza en forma de corona y que se anuda por detrás con un lazo de terciopelo negro con puntas flotantes.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

La pesca de ostras.

Conocida es de todo el mundo la configuracion de la ostra. Su parte ó valva inferior es inmóvil y sirve de punto adherente ó de resistencia; solo la valva superior tiene cierto movimiento; por el efecto de un músculo tendinoso, la ostra se abre para respirar, y entónces toma por sus chupadores el agua y los alimentos que necesita. Dicese que se alimenta de jugo de plantas marinas, de animalillos y de fango. Nos abstendremos de afirmar nada sobre este punto, pero es un hecho constante que en los meses de mayo, junio, julio y agosto, las ostras arrojan su desove, sustancia lechosa de figura tenticular, en la cual con un buen microscopio, se distingue una infinidad de huevos y en ellos ostras pequeñas completamente formadas. Estas últimas se fijan en las rocas, en las piedras y en las escamas viejas, y aumentan naturalmente los bancos de sus venerables abuelas.

Después de haber desovado, las ostras son flacas y hasta mal sanas; los verdaderos aficionados se abstienen de ellas hasta principios de setiembre. Es cierto tambien que su pesca está prohibida en las costas de Francia en los cuatro meses del desove, lo que no impide que en Paris se coman todo el año.

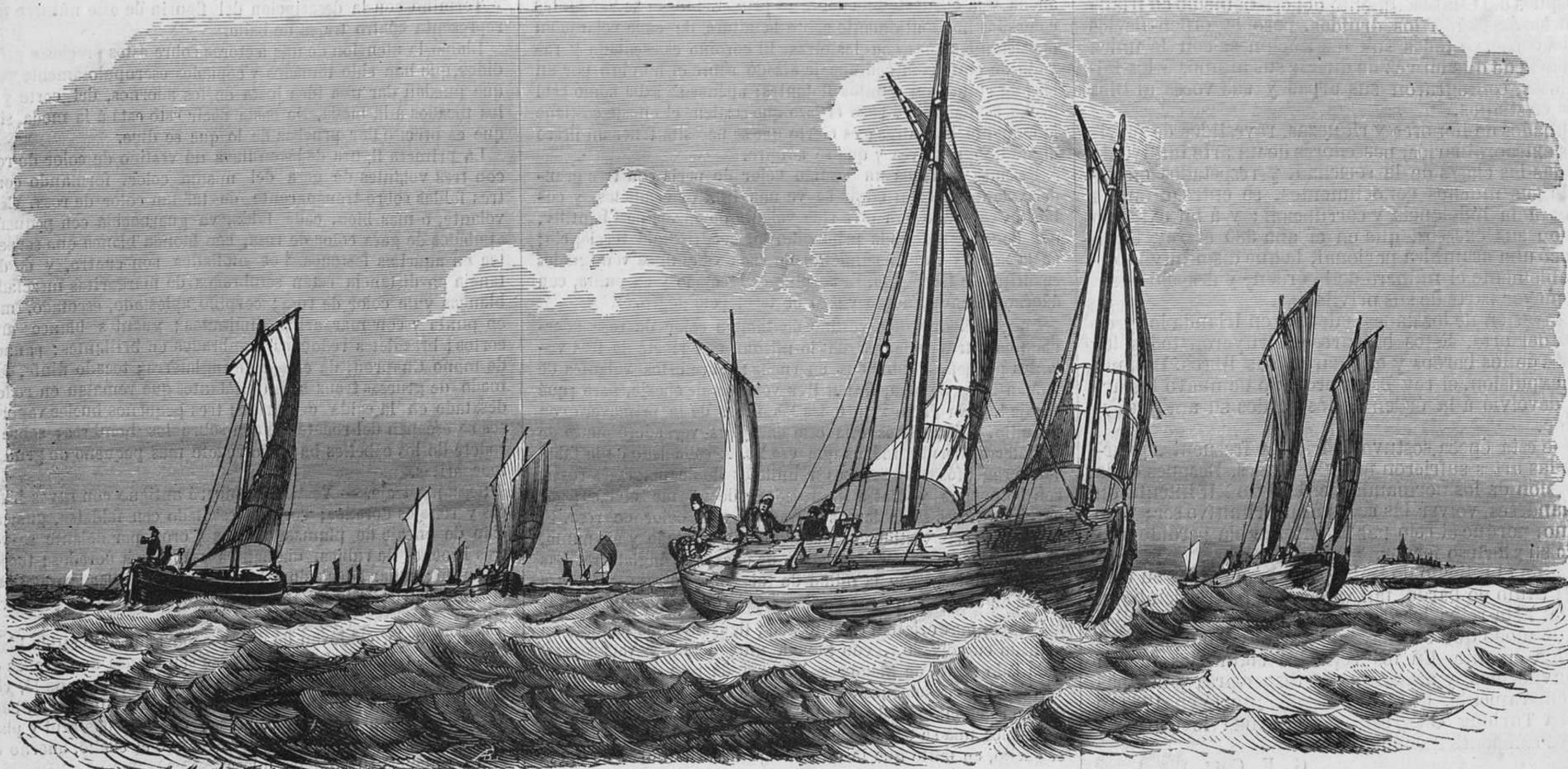
Ninguna parte del litoral francés contiene capas de ostras tan gruesas como la bahía de Cancale, situada entre este puerto, el Monte-S.-Miguel y Grandville. Allí vamos á transportar al lector si gusta asistir á las operaciones de la pesca.

El tiempo es favorable, la brisa pone en movimiento las olas del mar, y varios barcos de diez á veinte toneladas, con dos ó tres hombres cada uno, se dan á la vela desde la ribera, y se dirigen hácia los bancos de ostras que cubren el suelo á una gran distancia en todos sentidos. El horizonte se halla cargado de velas; resuenan mil clamores estrepitosos; hombres, mujeres, niños, se apiñan en las canoas mas pequeñas que pasan por entre las embarcaciones mayores; estas vogan arrastrando por el fondo sus barrederas ó redes que vamos á describir ahora.

La barredera es un instrumento grande de hierro de unos seis piés de largo sobre dos de alto; su forma es la de un bastidor al cual está adherida una especie de red fabricada de mallas de hierro. Los pescadores, cuando llegan al sitio conveniente, ponen su barco de manera que al impulso del viento ó de la corriente se deslice paralelamente á sí misma. Entónces se hace fondear la barredera, sujeta á bordo por un pedazo de cuerda. El instrumento que barre el banco de ostras, suelta y recibe en sus redes todo aquello que no está muy adherido; al cabo de algunos instantes, los pescadores alzan la barredera, la vacian y la echan de nuevo.

Cada barco lleva dos barrederas mas ó ménos pesadas cada una, segun la naturaleza del fondo y la resistencia que hay que vencer.

En la infancia del arte, se empleaban para la pesca largos rastros de con garfios, mediante los cuales los pescadores llevaban á bordo las ostras arrancadas

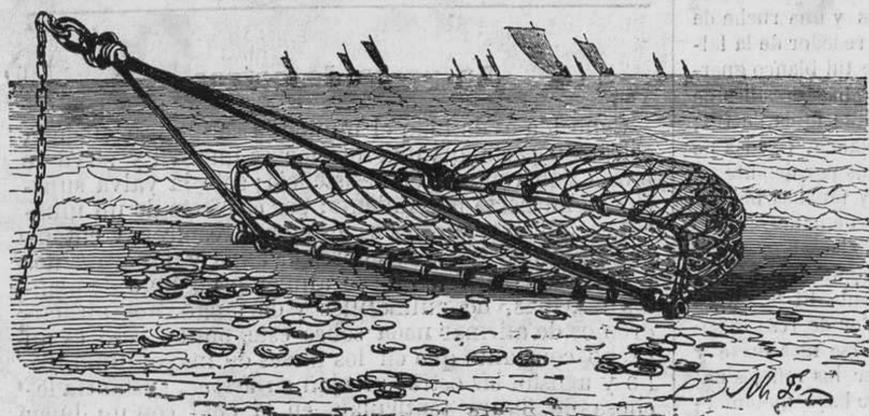


Salida para la pesca de ostras.

en la superficie del banco; pero este método que no puede practicarse sino cuando hay poco fondo, se halla

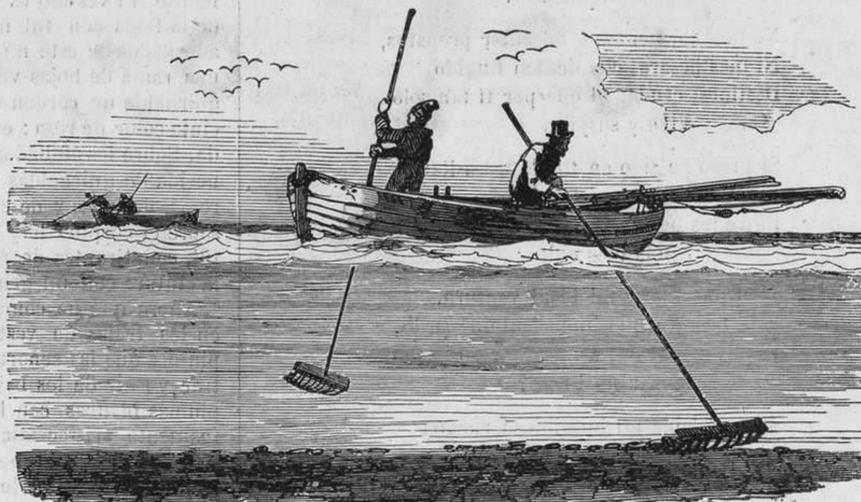
por medio de buzos que esponen su vida para arrancarlas de las rocas submarinas?

ostras son muy estimadas: Montaigne escribió las siguientes líneas: «Estar sujeto á tener un cólico ó pri-



Pesca de ostras con barredera.

¿Habla-
mos de las os-
tras de perlas,
que son el ob-
jeto de los pe-
ligrosos traba-
jos de los pes-
cadores del gol-
fo Pérsico? Pe-
ro esta segun-
da pesca no
puede tratarse
ligeramente en
algunas líneas,
y aquí escribi-
mos bajo el
punto de vista
gastronómico,
como dirían los
hombres de es-
tado, que tan-
to usan y abu-
san de los pun-
tos de vista.

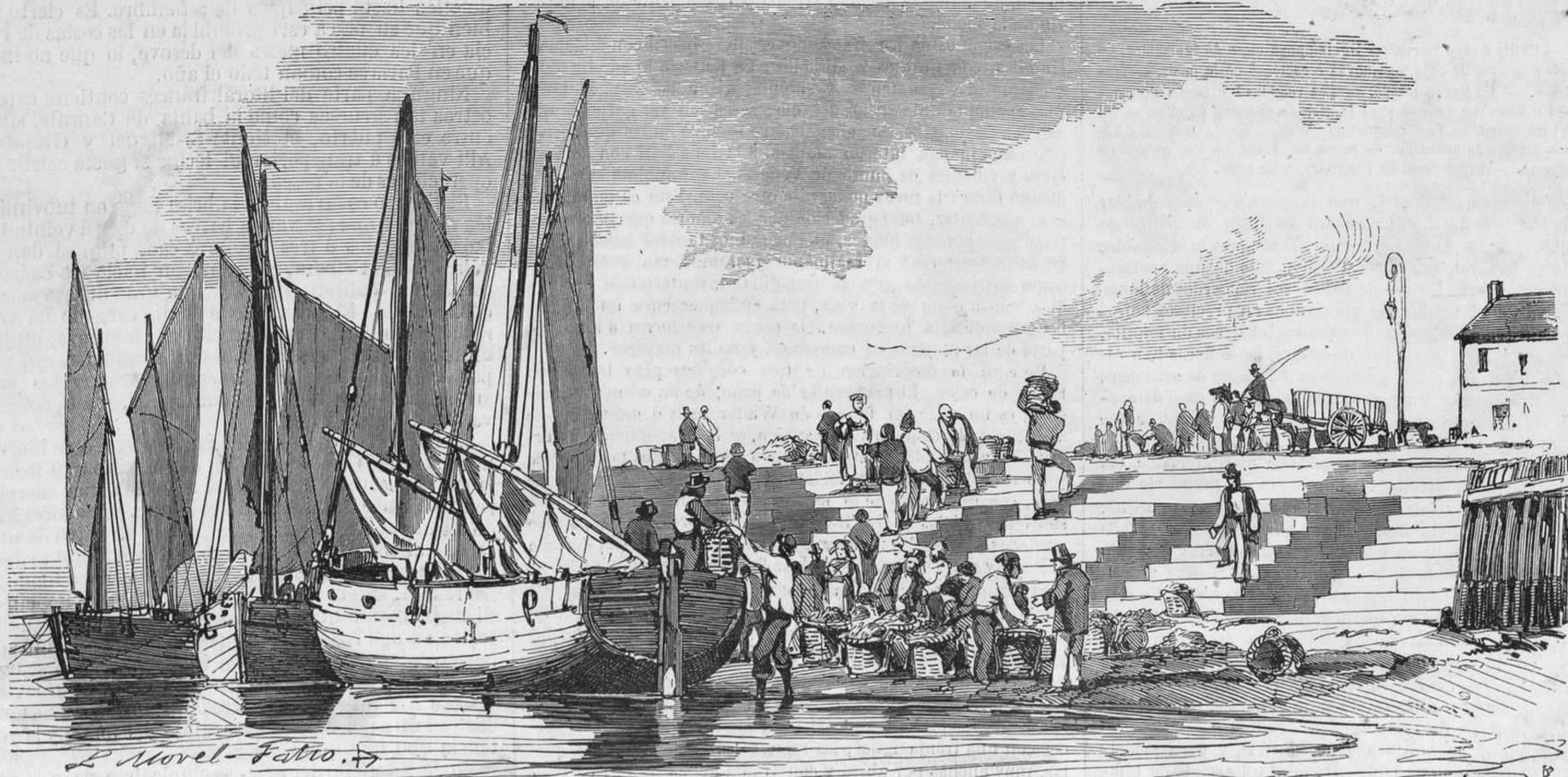


Pesca de ostras con rastro.

totalmente abandonado. ¿Añadirémos que hay parajes en el Mediterráneo donde la pesca de ostras se efectua

En efecto la ostra es un *escitante del apetito*, que abre las ganas de comer, y que no harta. En Francia, las

varse de comer ostras, son dos males por uno; puesto que es preciso elegir entre los dos, aventuremos alguna



Desembarco de la pesca de ostras.

L. Morel-Fatio.

cosa despues del placer que nos resulta. » Coloquémonos sencillamente en el muelle de Cancale cuando descargan los barcos pescadores sus cestos llenos de ostras; las mujeres y los chicos toman parte en este trabajo, pues toda la poblacion vive de la pesca y por la pesca. He aquí ya un carro dispuesto á partir lleno de cestos, con direccion al camino de hierro.

Sin embargo, la ostra de lujo no nos llega directamente del banco donde se ha desarrollado. Antes de salir á las mesas parisien-ses debe permanecer en unas zanjias de unos cuatro piés de profundidad, receptáculos llamados *parques*, donde se hace mas sabrosa. Y no se crea que las lanchas pescadoras descargan desde luego en los parques; la barredera ha sacado del fondo mil materias heterogéneas, sustancias extrañas, conchas partidas, etc.; por eso se ve sobre la playa á las mujeres y á los chicos ocupados en separar la cizaña del trigo, en escojer las ostras. Se vierten en tierra los cestos, y despues de examinadas las ostras una por una, solo las buenas, las exquisitas se reservan para el parque.

Los zanjias para las ostras están abiertas á lo largo de la ribera, pues todo parque debe tener cierta inclinacion hácia la mar para que se alimente de agua. Las ostras se colocan de modo que no se hallen expuestas al contacto del aire ni al del fango. El sitio de un parque debe estar elegido con mucho discernimiento; es preciso que el agua no pueda invadirle ni entrar en él en grande abundancia, pues está averiguado ya que la lluvia es nociva á las ostras. Los frios excesivos y las heladas tambien la dañan.

Así pues, la conservacion de las ostras en los parques ha dado origen á una industria particular; despues del pescador que las arranca de sus bancos, y del marino que las trasporta á tierra, viene el hombre que las cuida en los parques (*el amareilleur*), cuyos trabajos se encaminan á mejorar la calidad del testáceo.

Estos hombres arreglan primeramente las ostras en los parques, pero esto no basta; durante los primeros tiempos que siguieron á la pesca, las sacan del agua tres ó cuatro veces por dia, con unos rastrillos de hierro. Cada vez que las sacan las examinan; separan las que están muertas, y colocan de nuevo á las otras en las zanjias. La ostra que está en la zanja se hace muy delicada, y no puede pasar sin peligro, de la vida salvaje de los bancos, á la existencia doméstica. ¡Pero tambien cuando sale de allí es bien apetitosa!

Las ostras que han permanecido en San Vaast, donde están los parques mayores que se conocen, para pasar de allí á otros mas pequeños, no necesitan tantas precauciones, porque ya han permanecido en aquellos grandes depósitos. En general un parque se llena seis veces por año, tres en la primavera y tres en el otoño. Las ostras permanecen en los parques uno ó dos meses.

Si la ostra ordinaria exige tanto cuidado para poder figurar en la mesa del gastrónomo, ¿cuánta aplicacion no será menester para obtener la *ostra verde*? Porque las ostras no son verdes en el banco de Cancale, y solo

treónimo erudito, no hay ningun inconveniente en dejar entrar el agua salada, pero por el contrario, en los que encierran las ostras verdes se debe interrumpir toda comunicacion con la mar, ó á lo ménos no se debe dejar entrar mas que la cuarta parte del agua que contiene el parque, y esto cuando la luna llena, y tampoco debe renovarse el agua enteramente antes de que las ostras esten verdes.»

En Granville y en San Vaast, donde el agua sube á cada marea, las ostras, en efecto no se ponen verdes.

Al borde de los parques hay establecimientos elegantes consagrados al culto gastronómico de las ostras. Allí acuden los aficionados, y mucha debe ser su alegría, cuando al apearse del carruaje entran gravemente, verbigracia en la casa que tiene por rótulo: *La fama del parque de las ostras*.

El *amareilleur*, armado con su rastrillo, saca las ostras frescas que una criada del establecimiento abre al instante; los muchachos corren, chispea el

vino blanco, y circulan los dichos alegres. Sin embargo, las mejores ostras, segun la opinion general, son aquellas que han estado en la zanja mucho tiempo; regularmente los aficionados las esperan en

Paris, en vez de ir á buscarlas al borde del parque. Se las reconoce en su concha que se pone lisa, y en sus valvas cortantes. «Una ostra pescada en Cancale en el mes de abril, depositada despues en San Vaast durante cuatro ó cinco meses, y que por último ha permanecido un mes en Courseulles, llega á su último grado de perfeccion.»

Tal es la opinion de los mejores autores que hemos consultado sobre este punto, y es tambien la

nuestra. Ahora para concluir diremos que el consumo anual de ostras en Francia, aunque su precio sea muy variable en las orillas del mar, representa la suma de seiscientos mil francos. Parécenos que el consumidor

tiene derecho á que la industria de esta pesca se perfeccione hasta el punto de que todo francés tenga diariamente para principiar su comida un plato de ostras verdes.

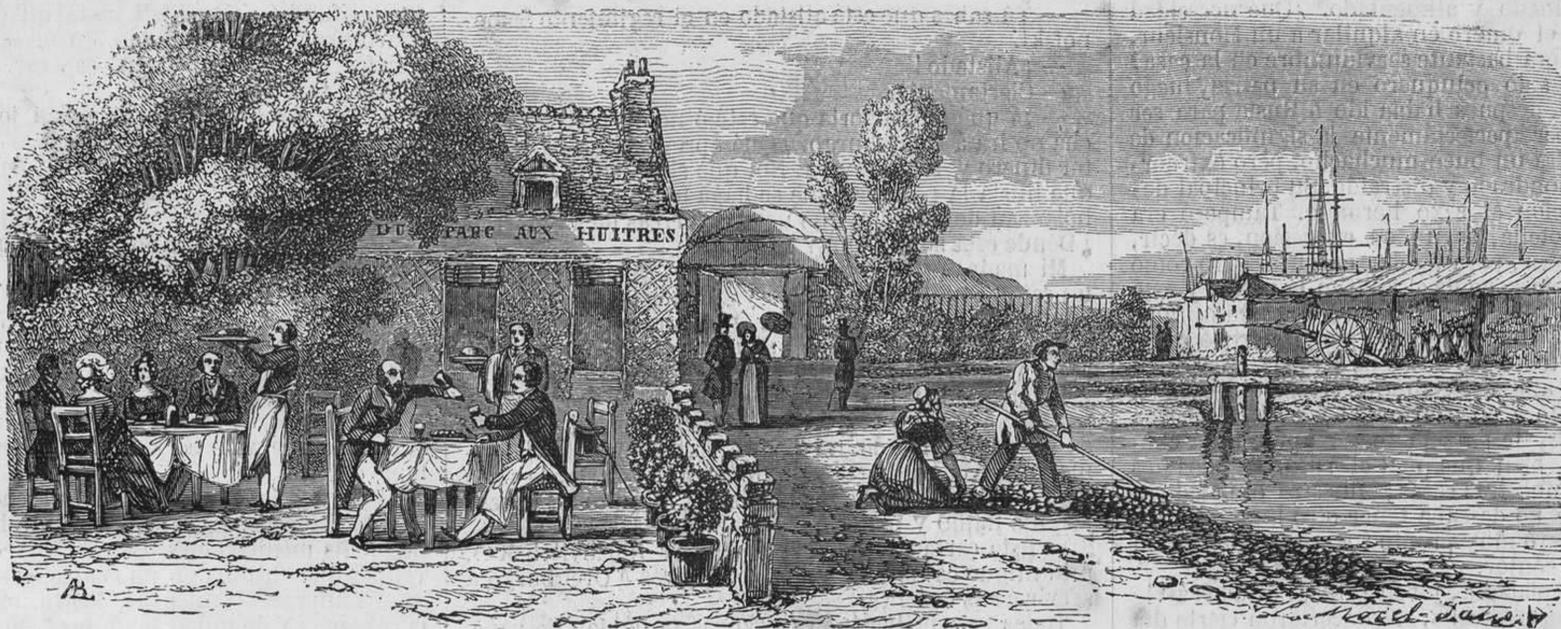
No hacemos aquí la critica de este gusto tan general en Francia, Dios nos preserve de ello; ya hemos dicho al principio que la ostra es un estimulante del apetito: ¿debemos añadir científicamente que tomada con vinos ligeros posee cualidades diuréticas muy estimables? M. Flourens ha declarado que la ostra no merece ser clasificada en la escala de la creacion tan baja como generalmente la ponen, y les ha rehabilitado ante la ciencia. Parece una cosa averiguada que las poblaciones que se alimentan de mariscos y de ostras, suministran al servicio de la patria un

número de soldados que va rápidamente en progreso creciente de año en año. Aun cuando la ostra no tuviera otra ventaja que la susodicha, bastaría para que la celebrásemos aquí, sobre todo en los tiempos actuales.



Mujeres escojiendo las ostras.

adquieren ese color tan apreciado á fuerza de trabajos y de estudios. Es preciso que el lugar donde las depositen esté bien limpio y con camadas de guijarros; un parque nuevo es lo mejor; cuando los guijarros se cu-



Parque de las ostras en Cancale.

bren de una capa ligera de musgo verdoso por efecto de la estancacion del agua de mar; entónces está bueno para recibir las ostras.

En las zanjias ordinarias se arrojan las ostras sin



Carro acelerado para el trasporte de ostras al camino de hierro de Paris.

grandes precauciones, pero aquellas que se desea salgan verdes tienen que arreglarse y ponerse con mucho cuidado.

«En los parques de ostras blancas, ha dicho un os-

LA HIJA DEL CAPITAN.

NOVELA ESCRITA POR ALEJANDRO PUCHKINE.

Esta novelita histórica, en la que figuran personajes poco conocidos en medio de acontecimientos muy interesantes, pasa en Rusia por el mejor fragmento en prosa que ha dejado el ilustre poeta Alejandro Puchkine. En la actualidad, hay un motivo doble para escogerla entre otras producciones de la literatura rusa, y ofrecerla traducida á nuestros lectores.

I.

EL SARGENTO DE GUARDIA.

Mi padre, Andrés Petrovitch Grineff, despues de haber servido en su juventud á las órdenes del conde Munich, célebre general de Pedro el Grande y de la emperatriz Ana, habia dejado el servicio militar en 17... con el grado de primer comandante. Desde entonces habia habitado constantemente sus posesiones en el gobierno Simbirks, en donde se habia casado con la señorita Andotia I, hija de un caballero pobre de aquellas cercanías. De nueve hijos de este matrimonio no sobrevivió mas que uno; todos mis hermanos murieron en edad temprana. Yo habia sido alistado de sargento en el regimiento Semenofski por recomendacion del comandante de la guardia, el príncipe B..., pariente inmediato nuestro. Gocé de licencia mientras seguia mi educacion. En aquel tiempo eramos educados de otra manera de la que se estila ahora; desde la edad de quince años fui confiado al picador Savelitch, que habia logrado por su sobriedad ser mi menino. Merced á sus cuidados, hacia los doce años de edad sabia yo leer y escribir, y podia apreciar las cualidades de un perro de caza. En aquella época, para acabar de instruirme, ajustó mi padre á un francés, M. Beaupré, á quien se hizo venir de Moscou con la provision anual de vino y aceite de Provenza. Mucho disgustó su llegada á Savelitch.

— Parece, gracias á Dios, murmuraba él, que el niño estaba lavado, peinado y alimentado. ¿Qué necesidad habia de gastar el dinero en alquilar á un Monsieur, como si no hubiera bastante servidumbre en la casa? Beaupré habia sido peluquero en su patria, luego soldado en Prusia, despues habia ido á Rusia para ser *outchitel*, sin saber perfectamente la significacion de esta palabra (1). Era un buen muchacho, pero extraordinariamente atolondrado y distraido. Su principal debilidad era su aficion al sexo hermoso. Tampoco era enemigo de la botella, segun su expresion, es decir, que le gustaba beber, para hablar en ruso. Pero como en nuestra casa solo se ponía el vino en la mesa, y esto en vasos pequeños, llegó mi Beaupré á acostumbrarse al aguardiente de Rusia, y acabó por preferirlo como mas estomacal á todos los vinos de su país. Nos hicimos muy buenos amigos, y aunque estaba obligado en virtud del contrato á enseñarme el francés, el alemán y todas las ciencias, le pareció mejor aprender á chappurrear conmigo bien que mal el ruso. Los dos nos ocupábamos en nuestras cosas; nuestra amistad era inalterable, y yo no deseaba tener otro mentor. Pero el destino nos separó muy pronto á consecuencia de un suceso que voy á contar.

La lavandera Polachka, jóven rolliza, picada á vi-ruelas, y la vaquera Akulka, se concertaron cierto dia para echarse á los piés de mi madre, acusándose de una debilidad criminal y quejándose con fuertes sollozos del monsieur que habia abusado de su inexperiencia para seducirlas.

Mi madre que no gustaba de chanzas respecto de esta materia, se quejó á su vez á mi padre, el cual, como hombre resuelto, llamó en seguida á su presencia al *canalla del francés*. Le respondieron humildemente que estaba dándole una leccion. Mi padre vino á mi cuarto. Beaupré dormía en su lecho el sueño de la inocencia. Por mi parte yo estaba embebido en una ocupacion muy interesante. Me habian traído de Moscou un mapa, que pendía de la pared sin uso alguno, y que me tentaba tiempo habia por la anchura y la solidez del papel. Habia decidido hacer con él una cometa, y aprovechándome del sueño de Beaupré, habia puesto manos á la obra. Mi padre entró en el instante en que ponía una cola al cabo de Buena Esperanza. Al ver mis trabajos geográficos, me dió un estiron de orejas, se dirigió á la cama de Beaupré, y despertándolo sin miramientos, comenzó á reprenderlo severamente. En su turbacion, Beaupré quiso levantarse, pero en vano; el pobre pedagogo estaba borracho como una cuba. Mi padre lo levantó por el cuello de la casaca, lo saco del cuarto, y lo echó de casa en el mismo dia con gran contentamiento de Savelitch.

Así terminó mi educacion.

Vivia como hijo de familia entreteniéndome en arremolinar los pichones en los tejados y en jugar con los muchachos en la calle. Así llegué á los diez y seis años. Pero en esta edad sufrió mi vida un gran cambio.

Un dia de otoño me preparaba mi madre unas confituras, y lamiéndome los labios miraba yo el hervor del dulce líquido. Mi padre, sentado cerca de la ventana, acababa de abrir la *Guía de Forasteros*, que recibia todos los años. Aquel libro ejercia en su ánimo mucha influencia; lo leía con extremada atencion, y su lectura le removía prodigiosamente la bilis. Mi madre que conocia á fondo sus hábitos y extravagancias, procuraba ocultar aquel desgraciado libro, y lo lograba de

tal suerte que se pasaban meses enteros sin que su esposito le echara la vista encima. En cambio, cuando tropezaba con la tal Guia, no la soltaba en horas enteras. La leía encogiéndose de hombros y murmurando á media voz: « ¡General!... sargento ha sido en mi compañía. ¡Caballero de las órdenes de Rusia!... ¿Hace tanto tiempo que nosotros?... » Finalmente mi padre lanzó la Guia lejos de sí, y se quedó sumergido en una profunda meditacion que no presagiaba cosa buena.

— Audotia Vassilieva (1), dijo bruscamente dirigiéndose á mi madre, ¿qué edad tiene Petrucha (2)?

— Ha entrado en los diez y siete años, respondió mi madre. Petrucha ha nacido en el mismo año en que nuestra tia Anastasia Garasimovna perdió un ojo y....

— Bueno, bueno, repuso mi padre; ya es hora de ponerlo á servir. Ya es tiempo de que cese de correr por los cuartos de las criadas y de subir al palomar.

El pensamiento de una próxima separacion causó á mi madre tal impresion, que dejó caer la cuchara en la cacerola, y prorrumpió en amargo llanto. Por mi parte es difícil que explique la alegría que sentí. La idea del servicio se confundía en mi cabeza con la de la libertad y la de los placeres que ofrece la vida de San Petersburgo. Ya me consideraba oficial de la guardia, lo cual era en mi opinion el colmo de la felicidad humana.

No le gustaba á mi padre cambiar de planes ni diferir la ejecucion de los que formaba.

Al momento se fijó el dia de mi partida. Mi padre me anunció la víspera que iba á darme una carta para mi futuro jefe, y pidió papel y pluma.

— No olvides, Andrés Petrovitch, dijo mi madre, el saludar de mi parte al príncipe B...; dile que espero que reciba bien á mi Petrucha.

— ¡Qué sandez! dijo mi padre frunciendo el ceño; ¿para qué quieres que escriba al príncipe B...?

— Acabas de decir que te dignas escribir al jefe de Petrucha.

— ¡Bien! ¿qué?

— Que el jefe de Petrucha es el príncipe B...

— ¿Cómo?

— Tú sabes que está alistado en el regimiento Semenofski.

— ¡Alistado!

— Ciertamente.

— ¿Y qué me importa que esté ó no alistado? Petrucha no irá á Petersburgo. ¿Qué aprendería allí? á gastar dinero y ser calavera. No, que sirva en el ejército, que huelga la pólvora; que se haga un soldado y no un holgazán de guardia, que use las correas de su morral. ¿Dónde está su diploma? Dámelo.

Mi madre fué á coger mi diploma, que guardaba en un cajon con la camisa que yo llevaba el dia de mi bautismo, y se lo presentó á mi padre con mano trémula. Mi padre lo leyó con atencion, lo colocó sobre la mesa y comenzó su carta.

La curiosidad me picaba. « ¿A dónde me envían, pensaba yo, si no voy á San Petersburgo? » No perdía de vista la pluma de mi padre, que caminaba lentamente por el papel. Concluyó por fin su carta, la puso bajo el mismo sobre con el diploma, se quitó los anteojos, me llamó y me dijo:

— Esta carta va dirigida á Andrés Karlovitch R..., mi antiguo camarada y amigo. Tú vas á Orenburgo á servir á sus órdenes.

Todas mis brillantes esperanzas se habian desvanecido. En lugar de la vida alegre y animada de Petersburgo, me aguardaba el fastidio en una comarca lejana y salvaje. El servicio militar, en el que momentos antes pensaba con tanto deleite, me parecia ya una calamidad. Pero no habia mas remedio que someterse. Al dia siguiente por la mañana trajeron un *kibitka* de viaje delante del vestibulo. Pusieron en él mi maleta, una caja con el servicio de té, y servilletas anudadas con panecillos y pasteles, últimos restos de los mimos de la casa paternal. Me dieron su bendicion ambos esposos, y mi padre me dijo:

— Adios, Pedro, sirve con fidelidad á aquel á quien has prestado juramento; obedece á tus jefes; no busques con demasiado empeño sus alhagos; no solicites demasiado el servicio; pero no lo evites tampoco y recuerda el proverbio: « Cuida de tu vestido nuevo y de tu honor, jóven. »

Mi madre, bañado el rostro en lágrimas, me recomendó que cuidara de mi salud, y á Savelitch que atendiera con esmero á su querido hijo. Me pusieron un capote corto forrado de pieles de liebre sobre los hombros, y otro mayor encima de este de piel de zorro. Me senté en el *kibitka* con Savelitch, y parti para mi destino llorando amargamente.

Llegué por la noche á Simbirks, en donde debia permanecer veinticuatro horas para hacer diferentes comprillas que se le habian encargado á Savelitch. Me habia parado en una posada, mientras Savelitch fué por la mañana á recorrer las tiendas. Fastidiado de mirar por la ventana una callejuela sucia, me puse á dar vueltas por los cuartos de la posada. Entré en el billar y encontré en él á un hombre de unos cuarenta años, con largos bigotes negros, en bata, un taco en la mano y una pipa en la boca. Jugaba con el mozo, que bebia una copa de aguardiente si ganaba, y que debia pasar por debajo de la mesa de billar si perdía. Me puse á verlos jugar; cuanto mas jugaban, mas frecuentes eran

(1) Audotia, hija de Basilio. En Rusia el nombre patronímico es inseparable del de bautismo, y mucho mas usado que el de familia.

(2) Diminutivo de Piotr, Pedro.

los paseos del pinche en cuatro piés, de tal suerte que por fin se quedó este debajo del billar. El caballero pronunció sobre él algunas expresiones enérgicas á guisa de oracion fúnebre, y me propuso el jugar una partida. Respondí que no sabia, lo cual le extrañó mucho. Me miró con cierta compasion. Entretanto se entabló la conversacion. Supe que se llamaba Ivan Ivanovitch Zurine, que era comandante de húsares en el escuadron que se hallaba en Simbirsk para recibir reclutas, y que se alojaba en la misma posada que yo. Zurine me convidó á comer, á lo soldado, y como suele decirse, de lo que Dios depara. Acepté con placer; nos sentamos á la mesa; Zurine bebia mucho y me invitaba á hacer lo mismo, diciéndome que era menester habituarse al servicio. Me contaba anécdotas de guarnicion que me hacian desternillar de risa, y nos levantamos de la mesa hechos amigos íntimos. Entonces me propuso enseñarme á jugar al billar. « Esto es indispensable para soldados como nosotros, me dijo. Supongo, continuó, que llegamos á un jugarcillo como este, ¿qué quieres que haga uno? No se puede sacudir siempre el polvo á los judíos. En definitiva, es preciso ir á la posada y jugar al billar, y para jugar es preciso saber. » Estas razones me convencieron completamente, y me puse á tomar la leccion con mucho ardor. Zurine me animaba á voces; admiraba mis rápidas progresos, y despues de algunas lecciones me propuso jugar algun dinero, aunque no fuera mas que un *grosh* (2 kopeks), no por la ganancia, sino porque no jugar nada era á juicio suyo una mala costumbre. Consentí y Zurine hizo traer ponche; luego me hizo que lo probara, alegando siempre que era menester habituarse al servicio. « Porque ¿qué servicio es el servicio sin un ponche? » Yo seguí su consejo. Continuamos jugando, y cuanto mas bebia, mas atrevido me sentia. Hacia saltar las bolas por encima de las bandas, me irritaba, decia impertinencias al apuntador, que contaba Dios sabe cómo, aumentaba la apuesta, me conducía en fin como un muchacho que acababa de adquirir su libertad. Por último, Zurine echó una ojeada al reloj, dejó el taco y me declaró que yo habia perdido cien rublos (1). Esto me confundió: Savelitch tenia mi dinero. Comencé á murmurar excusas cuando Zurine me dijo: « No te inquietes, hombre, yo puedo esperar, y ahora vamos á casa de Arinuchka. »

¿Qué quiere Vd.? Terminé mi jornada tan neciamente como la habia empezado.

Cenamos en casa de Arinuchka. Zurine no cesaba de echarme de beber, repitiendo siempre que era preciso acostumbrarse al servicio. Al levantarme de la mesa, me tenia con dificultad en pié. Zurine me llevó á media noche á la posada.

Savelitch salió á recibirnos, y lanzó un grito cuando reconoció el celo con que yo hacia el servicio. ¿Qué te ha sucedido? me dijo con voz lastimera. ¿En dónde te has puesto como un zaque? ¿Dios mio! jamás habia sucedido tal desgracia.

— Calla, perro viejo, le dije tartamudeando; estoy seguro de que estás borracho, vé á dormir... pero acuéstame antes.

Al dia siguiente amanecí con mucho dolor de cabeza. Recordaba confusamente los acontecimientos de la víspera. Mis meditaciones fueron interrumpidas por Savelitch que entraba en mi cuarto con una taza de té.

— Temprano comienzas, Pedro, me dijo meneando la cabeza. ¿Y de quién lo imitas? Me parece que ni tu padre ni tu abuelo se han emborrachado. De tu madre no hay que hablar, en su boca no ha entrado desde que nació mas que *kvass* (2). ¿De quién es pues la falta? Del maldito francés; buenas cosas te ha enseñado aquel perro. Gracioso ha sido hacer tu pedagogo á un pagano, como si no tuviera bastante el amo con su gente.

Yo tenia vergüenza; me volví y le dije: « Largo de aquí, Savelitch, no quiero té. » Pero era difícil calmarlo cuando habia empezado á sermonear.

— Ves, Pedro, ves lo que hace el cometer locuras. Te duele la cabeza, y no quieres tomar nada. Un hombre que se embriaga no sirve para maldita de Dios la cosa. Bebe un poco de aguardiente para desembriagarte. ¿Qué te parece?

En aquel momento entró en el cuarto un criado con una carta de Zurine. La abrí y lei lo que sigue:

« Querido Pedro Andreitch: hazme el favor de entregar al dador los cien rublos que perdiste ayer. Necesito con urgencia dinero. Tu afectisimo

IVAN ZURINE. »

No habia remedio. Dí á mi rostro cierto aire indiferente, y dirigiéndome á Savelitch, le mandé que entregara los cien rublos al portador de la carta.

— ¡Cómo! ¿porqué? me preguntó lleno de sorpresa.

— Los debo, respondí con toda la frialdad posible.

— ¡Los debes! replicó Savelitch, cada vez mas sorprendido. ¿Cuando has contraído semejante deuda? Es imposible. Haz lo que quieras, señor, pero yo no doy esa suma.

Calculé en el momento que si no obligaba á obedecerme á aquel viejo obstinado, corria riesgo de vivir siempre bajo su tutela. Echándole una mirada altiva le dije:

— Yo soy tu amo y tú eres mi criado. El dinero es

(1) El rublo de plata valia entonces como ahora unos 16 reales.

(2) Una especie de sidra, que es la bebida comun de los rusos.

mio; lo he perdido porque he querido. Te aconsejo que obedezcas lo que te mando.

Mis palabras hicieron tal impresion en Savelitch, que se quedó mudo ó inmóvil. « ¿Qué haces ahí como si fueras un poste? exclamé con cólera. »

Savelitch se echó á llorar. ¡Oh padre mio Pedro! balbuceó con voz trémula, no me mates de dolor. Luz mia, escúchame, á mí que soy viejo: escribe á ese bandido que ha sido una chanza, que jamás hemos tenido nosotros tanto dinero. ¡Cien rublos! ¡Dios de bondad!... Dile que tus padres te han prohibido severamente el jugar mas que avellanas.

— ¡Callarás! le dije interrumpiéndolo: da el dinero, ó te arrojo de aquí á pescozos.

Savelitch me miró con profunda expresion de dolor, y fué á buscar mi dinero. Me compadecia el pobre viejo; pero queria emanciparme y probar que yo no era un niño.

Zurine recibió sus cien rublos.

Savelitch se apresuró á hacerme salir de la maldecida posada, y entró anunciándome que los caballos estaban enganchados.

Partí de Simbrisk con la conciencia llena de remordimiento, sin despedirme de mi maestro y sin pensar en volverlo á ver.

II.

EL GUIA.

Mis reflexiones durante el viaje no eran muy agradables. Segun el valor que tenia entonces la moneda, mi pérdida era de importancia. No podia prescindir de creer que mi conducta en la posada de Simbrisk habia sido muy necia, y reconocia la falta que habia cometido contra Savelitch. Todo esto me atormentaba.

El viejo se mantenía en un silencio sepulcral, sentado en la delantera del trineo, volviendo la cabeza y tosiendo de vez en cuando con signos de mal humor. Me habia decidido á hacer las paces con él, pero no sabia como comenzar. Por fin le dije:

— Vamos, Savelitch, hagamos las paces. Reconozco que es mia la culpa. He hecho ayer muchas majaderias, y te he ofendido sin razon. Te prometo ser mas discreto en lo sucesivo y oír tus consejos. Vamos, no estés enojado; hagamos las paces.

— ¡Ah! padre mio Pedro Andreitch, me respondió despues de suspirar hondamente, estoy enojado conmigo mismo, yo soy el culpable por todos lados. ¿Por qué te he dejado solo en la posada? ¿Pero qué debia hacer? El diablo ha tomado cartas en el asunto. Me ha ocurrido la idea de ir á ver á la mujer del diácono, que es mi comadre, y como dice el proverbio: he salido de casa para entrar en la cárcel. ¡Qué desdicha! ¡qué desgracia! ¿Cómo me volveré á presentar á mis amos? ¿Qué dirán cuando sepan que su hijo es bebedor y jugador?

Para consolar al pobre Savelitch le prometí que en lo sucesivo no dispondría de un cuarto sin su consentimiento. Se calmó poco á poco, pero sin dejar de refunfuñar de vez en cuando, meneando la cabeza: « ¡Cien rublos! Fácilmente se dice. »

Me acercaba al punto de mi destino. Al rededor mio se extendía un desierto triste y salvaje, entrecortado por colinas y barrancos profundos. Todo estaba cubierto de nieve. El sol bajaba á su ocaso. Mi *kibitka* iba por el estrecho camino, ó por mejor decir, seguía las huellas que habian dejado los trineos de los campesinos. De repente mi cochero miró al costado, y dirigiéndose á mí:

— Señor, dijo quitándose la gorra, ¿no mandas que retrocedamos?

— ¿Por qué?

— El tiempo no está seguro. Ya se levanta el viento. ¿Ves como rueda la nieve de arriba?

— ¿Y qué significa eso?

— ¿Y ves lo que hay allí abajo? El cochero indicaba con el látigo el lado oriental.

— No veo mas que la estepa blanca y el cielo sereno.

— Allí, allí, mira aquella nubecilla.

Ví en efecto en el horizonte una nubecilla blanca que me habia parecido en el principio una colina distante. Mi cochero me explicó que aquella nubecilla anunciaba una *burana* (1).

Habia oído hablar de los ventisqueros del país, y de las caravanas que habian sepultado. Savelitch, de acuerdo con la opinion del cochero, me aconsejaba que retrocedieramos. Pero el viento no me pareció fuerte; yo tenia la esperanza de llegar con tiempo á la posta inmediata: mandé pues que se corriera mucho.

El cochero puso los caballos al galope; pero miraba sin cesar á la parte del Oriente. El viento arrojaba gradualmente. La nubecilla creció, se extendió y acabó por cubrir el cielo. Delgados copos de nieve comenzaron á caer. Algunos instantes despues crecieron de un modo extraordinario. El viento soplabá con furor. La ventisca venia. De repente se confundió el cielo sombrío con el torbellino de nieve que levantaba el huracan. Todo desapareció. « ¡Desgraciados de nosotros! exclamó el cochero: es una *burana*. »

Saqué la cabeza fuera de la *kibitka*; todo era oscuridad y torbellino. El viento silvaba con tal fuerza, que su soplo parecia el de un sér animado. La nieve se amontonaba sobre nosotros y nos cubria. Los caballos iban al paso, y pronto se pararon del todo.

(1) Huracan de nieve.

— ¿Por qué no avanzas? dije al cochero con impaciencia.

— ¿Pero adónde ir? respondió bajando del trineo. Dios solo sabe donde estamos ahora. El camino se ha perdido.

Comencé á regañarle; Savelitch tomó su defensa.

— ¿Por qué no le has hecho caso? dijo con cólera. Tú hubieras vuelto á la parada de postas; hubieras tomado té, hubieras dormido hasta por la mañana; la tempestad se hubiera calmado y hubieramos partido. ¿Y para qué tal premura? Si fuera para ir á casarse, vaya.

Savelitch tenia razon. ¿Qué habia que hacer? La nieve seguía cayendo; un montecillo se formaba delante de la *kibitka*. Los caballos estaban parados; el cochero daba vueltas al rededor de ellos, y arreglaba los arneses como si no tuviera otra cosa que hacer.

Savelitch regañaba.

Yo miraba á todas partes con la esperanza de descubrir alguna habitacion cercana ó algun camino, pero no veía mas que el torbellino de nieve... Una vez me pareció que veía un punto negro. « ¡Ola! cochero, ¿qué es aquella cosa negra? » El cochero miró atentamente por el lado que yo indicaba. « Dios lo sabe, señor, me respondió volviendo al pescante; no es un trineo, no es un árbol, y me parece que aquello se mueve. Debe de ser un lobo ó un hombre. »

Le ordené que se dirigiera hácia el objeto desconocido, que venia tambien hácia nosotros. En dos minutos llegamos á la misma linea, y vimos que era un hombre.

— ¡Eh! buen hombre, le gritó el cochero, dime, ¿sabes tú el camino?

— El camino está aquí, respondió el pasajero; yo estoy en piso firme. ¿Pero de qué sirve esto?

— Escucha, paisanito, le digo; ¿conoces tú esta comarca? ¿Puedes conducirnos á un albergue donde pasemos la noche?

— ¡Esta comarca! á Dios gracias la he recorrido á pié y en carruaje, á lo ancho y á lo largo muchas veces, repuso el pasajero. ¡Pero ve qué tiempo! En seguida pierde uno la direccion. Mas vale pararse aquí y aguardar: tal vez cese el huracan. El cielo se serenará, y descubriremos el camino con la luz de las estrellas.

Su sangre fria me alentó. Me habia resuelto, entregándome á la gracia de Dios, á pasar la noche en la estepa. Cuando de repente se sentó el transeunte en el puesto del cochero:

— Gracias á Dios, dijo á este, no está lejos una habitacion. Tira á la derecha y marcha.

— ¿Por qué iré á la derecha? respondió de mal humor mi cochero. ¿Dónde ves el camino? En ese caso es menester decir: caballos á otro, arneses tambien, descarga latigazos sin parar.

Me parecia que el cochero tenia razon.

— En efecto, dije al reciénvenido, ¿por qué crees que no está lejos una habitacion?

— El viento ha soplado de aquella parte, contestó, y he sentido cierto olor de humo, prueba de que hay inmediata alguna vivienda.

Su sagacidad y su exquisito olfato me llenaron de admiracion. Mandé al cochero que fuera hácia donde el otro indicaba. Los caballos marchaban con lentitud por la nieve. La *kibitka* avanzaba subiéndome tan pronto á un monton de nieve como cayendo á un foso profundo, balanceándose á uno y otro lado. Su movimiento se parecia mucho al de una barca agitada por las olas del mar. Savelitch lanzaba hondos gemidos, cayéndose á cada paso sobre mí. Bajé la *tsinovka* (1), me envolví en mi capote de pieles, y me dormí con el arrullo de la tempestad y el movimiento del trineo. Soñé lo que jamás he olvidado, y en lo que veo todavía cierta cosa profética, cuando recuerdo las singulares aventuras de mi vida. El lector me dispensará si se lo cuento, porque por experiencia propia sabe sin duda con qué facilidad se abandona el hombre á la supersticion, á pesar del desprecio con que se habla de ella.

Yo me encontraba en esa disposicion de ánimo en que la realidad comienza á perderse en la fantasía con las primeras incertidumbres del asoporamiento. Me parecia que la *burana* continuaba siempre y que errabamos por el desierto de nieve. De repente creí ver una puerta cochera, y que entramos en el patio de nuestra casa señorial. La primera idea que me ocurrió fué la de que mi padre se enojase por mi regreso involuntario al hogar doméstico, atribuyéndolo á una desobediencia premeditada. Inquieto, salto de la *kibitka*, y veo á mi madre que sale á recibirme con aire de profunda tristeza. « No metas ruido, me dijo; tu padre está en la agonía, desea decirte adios. »

Aterrado entré detrás de mi madre en el dormitorio. Miro: la habitacion está casi á oscuras. Junto al lecho hay gentes tristes y abatidas. Me acerco con pasos mesurados. Mi madre levanta la cortina y dice: « Andrés Petrovitch, Petrucha está de vuelta; ha venido al saber tu enfermedad; dale tu bendicion. » Me puse de rodillas, y clavo la vista en el moribundo. ¡Pero qué! en vez de mi padre, apercibo en el lecho á un paisano de barba negra, que me mira con rostro alegre. Lleno de sorpresa me vuelvo hácia mi madre: « ¿Qué quiere decir esto? exclamé, no es mi padre. ¿Por qué quieres que pida su bendicion á un paisano? »

— Lo mismo es, Petrucha, respondió mi madre; ese es tu padre sentado (2); bésale la mano y que él te bendiga.

(1) Cubierta hecha con la segunda corteza del tilo, y que cubre la capota de la *kibitka*.

(2) Padrino de matrimonio.

Yo no queria consentir. Viendo esto, el paisano saltó de la cama, cogió el hacha que tenia en la cintura, y se puso á blandirla en todas direcciones. Yo quise huir, pero no pude. El cuarto se llenaba de cadáveres. Tropecé en ellos; mis piés se resvalaban en charcos de sangre. El terrible paisano me llamaba con dulzura, diciéndome: « No temas nada, acéreate, ven á recibir mi bendicion. » El terror y la estupefaccion se habian apoderado de mí... En aquel momento me desperté.

Los caballos estaban parados; Savelitch me tenia cogida la mano.

— Sal, señor, me dijo, hemos llegado...

— ¿Adónde hemos llegado? pregunté frotándome los ojos.

— Al albergue: Dios nos ha favorecido: hemos llegado á la cerca de la casa. Sal, señor, y ven á calentarte.

Sali de la *kibitka*. La burana duraba todavía, pero no tenia ya tanta violencia. Estaba el tiempo oscuro, como boca de lobo. El huésped nos recibió junto á la puerta con un farolito en la mano que tenia debajo del caftan, y nos introdujo en un cuarto pequeño, pero muy limpio. Una tea lo alumbraba. Del cuarto pendía una larga carabina y un gorro alto de cosaco.

Nuestro huésped, cosaco del laik (1), era un hombre de sesenta años, pero robusto aun y fresco. Savelitch trajo la cajita del té, y pidió lumbre para hacerme algunas tazas, que yo necesitaba mas que nunca. El huésped se apresuró á servirlo.

— ¿Dónde está nuestro guia? pregunté á Savelitch.

— Aquí, señor, respondió una voz desde arriba.

Levanté los ojos, y ví una barba negra y dos ojos muy brillantes.

— ¿Tienes frio?

— ¿Cómo no tenerlo con un caftan agujerado? ¿Pero á qué ocularlo? yo tenia un *tulup*, pero lo he dejado empeñado ayer en la aguardenteria; el frio no me parecia vivo.

En aquel momento entró el huésped con la tetera. Ofrecí á nuestro guia una taza de té. Bajó. Su exterior me pareció notable. Representaba unos cuarenta años; su estatura era regular, flaco, pero tenia anchos hombros. Su barba negra comenzaba á encanecer. Sus grandes ojos vivos no estaban jamás tranquilos. La expresion de su fisonomia era agradable y al mismo tiempo maliciosa. Llevaba un caftan corto hecho girones, y anchos pantalones tártaros. Probó el té que le di, é hizo un gesto.

— Hágame Vd. el favor, me dijo, de mandarme dar un vaso de aguardiente; el té no es bebida de cosacos.

Accedí con gusto á sus deseos. El huésped trajo un frasco y un vaso, se acercó á él, y mirándolo de hito en hito:

— ¡Eh, eh! le dijo, ¿ya estás de vuelta en estos parajes? ¿De dónde te ha traído Dios ahora?

Mi guia guiñó el ojo de una manera muy significativa, y respondió con un proverbio muy conocido:

— El gorrion volaba por el jardín: se comía los cañamones; la abuela le tiró una piedra y no le dió. ¿Y cómo están los vuestros?

— ¿Cómo van los nuestros? replicó el posadero continuando hablando proverbialmente. Comenzaban á tocar á visperas, pero la mujer del cura lo ha prohibido; el cura no ha ido de visita y los diablos están en el cementerio.

— Cállate, nuestro tío, replicó el vagabundo; cuando llueva habrá setas, y cuando haya setas, habrá cesta para ponerlas. Pero ahora (guiñó el ojo segunda vez), échate el hacha á la espalda; el guarda campestre se pasea. ¡Ala salud de vuestra señoría!

Y diciendo estas palabras, cogió el vaso, hizo la señal de la cruz, y se lo bebió de un trago. En seguida me saludó y se volvió á subir adonde estaba.

No podia comprender entonces una sola palabra de aquella jerga de ladron. Mas tarde supe que hablaban de los negocios del ejército del laik, que acababa de ser reducido á la obediencia despues de la rebelion de 1772. Savelitch los escuchaba con aire descontento, y dirigía miradas recelosas al huésped y al guia. La especie de posada en que nos habiamos refugiado se hallaba en medio de la estepa, lejos del camino, y de toda habitacion, y se asemejaba á un punto de reunion de ladrones. ¿Pero qué hacer? Ni siquiera se podia pensar en ponerse otra vez en camino. La inquietud de Savelitch me divertía mucho. Me tendí en el banco; mi viejo sirviente se decidió por fin á subir encima de la estufa (1); el patron se acostó en el suelo. Pronto roncaron los dos, y muy luego me dormí yo como un muerto.

Al despertarme al dia siguiente, me apercibí de que el huracan habia cesado. El sol brillaba; la nieve se extendía á lo lejos como un paño deslumbrador. Ya estaban los caballos enganchados. Pagué al posadero, que me pidió una cantidad tan módica por mi gasto, que Savelitch mismo no regateó, segun su constante hábito. Sus sospechas de la vispera habian desaparecido como el humo. Llamé al guia para darle las gracias por el servicio que nos habia prestado, y dije á Savelitch que lo gratificara con medio rublo.

Savelitch frunció el entrecejo. « Medio rublo! exclamó; ¿por qué? ¿por qué tú mismo te has dignado traerlo á la posada? Cúmplase tu voluntad, tu señor; pero no tenemos medio rublo de sobra. Si nos metemos á dar propinas á todo el mundo, acabaremos por morirnos de hambre. »

Era imposible disputar contra Savelitch; mi dinero estaba á su discrecion segun se lo habia prometido.

(1) Rio que desemboca en el Ural.

(2) Cama ordinaria de los paisanos rusos.

Sin embargo, me disgustaba no poder recompensar á un hombre que me habia sacado, sino de un peligro mortal, á lo ménos de una situacion muy embarazosa.

— Bien, dije á Savelitch, si no quieres dar medio ru-

blo, dale algun vestido mio de los viejos, porque falta le hace. Dale mi *tulup* de pieles de liebre.

— Ten piedad de mí, padre mio Pedro Andreitch, exclamó Savelitch: ¿qué necesidad tiene de tu *tulup*? Se lo beberá el muy perro en la primera taberna.

— No te importa á tí, dijo el vagabundo, que me lo beba ó no me lo beba. Su señoría me regala el ropón de sus hombros; esa es su voluntad, y tu deber de siervo es obedecer sin replicar.

(Se continuará.)

Reconocimiento y apertura de la tumba de Bossuet, en Meaux.

Meaux no figura en primera línea en la geografía de la Francia, pero ha tenido la suerte de que Bossuet fuera su obispo. Esta es su gloria, gloria imperecedera como la fama del santo y docto pontifice, del orador incomparable, del escritor eminente que durante veinte y dos años fué su pastor querido y respetado. Para toda inteligencia, el *aguija de Meaux*, el *grande obispo de Meaux* es Bossuet; ¡qué nombre en los anales de la iglesia católica y en los anales del espíritu humano!

Por este motivo todos los viajeros que han puesto el pié en la ciudad ó en la catedral de Meaux han preguntado siempre donde vivió Bossuet, donde murió, donde fué enterrado. Bossuet vivió en el palacio de aspecto irregular y severo que se halla á la izquierda de la iglesia, en el cual se ve todavía su dormitorio, su estudio, y en la elevada azotea de sus jardines una calle de tilos plantados por su predecesor bajo los cuales se paseaba absorto en sus sublimes meditaciones. La tradición nos dice que un día llegó á conversar bajo aquellas sombras con el gran Condé.

Bossuet no murió en Meaux, pero quiso que su cuerpo se depositara en la catedral donde tan á menudo habia celebrado el divino sacrificio y que hizo resonar con los acentos de la palabra evangélica. Parece increíble que hasta el 8 de noviembre último no se supiera á ciencia cierta en que punto yacía aquel cuerpo venerado. El mármol que le cubriera en otro tiempo habia desaparecido en 1724 cuando las obras que se hicieron en el suelo, y nada indicaba el sitio que ocupaba. Pero nuevos trabajos, debidos á las piadosas investigaciones de Monseñor Allou, que con este hecho habrá añadido á la historia de su episcopado una de sus páginas mas interesantes, produjeron al fin el resultado deseado.

El 8 de noviembre de 1854, antes de entregar el santuario á los trabajadores, Monseñor Allou, ayudado por las luces que le suministraron las memorias manuscritas y por la historia de Bossuet, mandó principiar las escavaciones por el lado derecho, entre el estrado del trono episcopal y los escalones que forman el límite del coro.

A los primeros golpes que dió el azadon se descubrió una zanja y un primer féretro, y otra abertura practicada en la direccion del coro dejó ver un féretro de plomo herméticamente cerrado con una placa de cobre sobre el pecho; en la que se leyó á la claridad de una antorcha la fecha MDCCIV, que recuerda precisamente la época de la muerte de Bossuet. Examinada la primera caja, se pudieron ver en ella las iniciales DH trazadas en relieve sobre el plomo... ya no habia duda; el cuerpo de Bossuet reposaba, segun sus postreras voluntades á los piés de M. Ligny su predecesor inmediato. En efecto, sometida la placa de cobre á un examen completo, presentó en letras mayúsculas, bajo las armas de Bossuet (tres ruedas: dos y una en campo de azul), una inscripcion latina que traducida dice así:

«Aquí reposa, esperando la resurreccion el cuerpo de J.-B. Bossuet, obispo de Meaux, consejero de Estado, ayo del serenísimo Delfín, primer capellan de la serenísima duquesa de Borgogne, conservador de los privilegios apostólicos de la universidad de Paris, y superior del colegio real

de Navarra. Murió el año del Señor MDCCIV el XIIº día de abril, á la edad de LXXVI años VI meses y XVI dias. En paz descanse.»

El féretro enteramente de plomo tiene 1 metro y 78 cent. Como los sarcófagos egipcios, representa la forma general del cuerpo humano: la parte que encierra la cabeza es saliente y redonda; lo demás se estrecha por

ojos el rostro de Bossuet, caimos de rodillas... aquella cabeza, en que Dios habia colocado una luz tan grande, se hallaba conservada mucho mejor de lo que pensábamos. Está un poco inclinada hácia la derecha como la cabeza de un hombre dormido. El lado izquierdo del rostro se halla mas preservado y nos recordó las líneas del retrato de Rigaud. En el momento en que se apartó el sudario hubo en el rostro como una especie de resplandecimiento. Nadie habia visto aquella cara hacia siglo y medio, y nadie la verá en el estado en que la hallamos el 14 de noviembre de 1854, pues á la hora en que esto escribo, el rostro de Bossuet es ya otra cosa. La boca está abierta; es pequeña, y los dientes de delante debajo del labio superior se hallan conservados. Esta boca abierta no tiene el carácter ordinario que da la muerte; á la vista es hermosa; esta boca que habló mejor que toda boca humana, parece hablar todavía en el féretro. Los ojos están cerrados, y la nariz aplastada; se reconoce el bigote y la perilla. La cabeza conserva sus cabellos, aquellas venerables canas que advertían á Bossuet en la oracion fúnebre de Condé y en su alocucion pastoral en el último sínodo. Hemos notado que habian serrado el cráneo para sacar el cerebro y poner aromas en su lugar; la frente presenta un pequeño agujero. La estatura de Bossuet no pasaba de cinco piés y dos pulgadas. Un artista, M. Maillot, que asistia á la abertura del féretro, dibujó el rostro de Bossuet tal como le ha hecho la muerte.»

Después el señor obispo de Meaux previno á los canónigos de la catedral, al sub-prefecto y demas autoridades: todo el mundo acudió, y la impresion fué viva. Al mismo tiempo llegaba de Paris una muchedumbre de eclesiásticos. M. Floquet, que desde hace largo tiempo interroga y explora todos los recuerdos relativos á Bossuet ha andado sesenta leguas para explorar esa tumba. Por las órdenes del señor obispo de Meaux, un paño mortuario cubria el féretro, y alrededor ardian ocho candelabros. A una señal dada todos los asistentes se arrodillaron para recitar el oficio de difuntos. En la noche del 14 al 15 se puso un cristal para preservar del aire exterior el rostro de Bossuet, y que pudiera verle todo el mundo. Se han llenado los vacíos al rededor de la cabeza con polvos aromáticos y carbon molido.

El 15 á las diez se celebró un servicio fúnebre oficiado por el señor obispo. El féretro de Bossuet estaba cubierto con las insignias pontificales; se veia allí el báculo pastoral; y la mano que hubiera podido llevarlo estaba helada por la muerte; Bossuet aparecia de pontifice en su catedral; todos los funcionarios de la ciudad estaban presentes; los asistentes eran numerosos. Concluida la misa, un canónigo de Meaux, M. Beaume, nos trazó las cualidades superiores é incomparables de ese genio tan vasto, tan completo y cristiano. Luego se echaron las tres absoluciones; las dos primeras por los vicarios y la tercera por el obispo.

En cuanto se acabó la misa, el pueblo acudió á contemplar los despojos de aquel genio inmortal. Bossuet, desde el fondo de su féretro, bendice aun á los hijos de los que en su tiempo bendecía. El mismo día volvió á colocarse el féretro en su sepulcro.



Exhumacion del féretro de Bossuet, en el coro de la catedral.

grados hasta los piés. Toda la masa estendida sobre una tabla de encina se halla aislada del suelo con tres barras de hierro. El sitio en que descansan los restos de Bossuet no será ya un misterio. ¿Debia la exploracion detenerse en este resultado, dejando inviolable el secreto de aquella ilustre tumba? Cinco dias enteros Monseñor Allou flotó en una incertidumbre fácil de comprender, pero al cabo el deseo de contemplar un instante la cabeza de Bossuet, manifestado por tanta gente venció sus escrúpulos y el 14, á las doce y media del día, el Sr. obispo encerrado en la catedral con sus vicarios generales, su secretario y los trabajadores necesarios para la operacion, procedió á ella. He aquí como cuenta lo sucedido un testigo ocular de la ceremonia:

«Los trabajadores sacaron de la tierra el féretro, y trataron de abrirle por el lado de la cabeza.

«Después que levantaron esa parte de la tapa reconocimos primero unas manchas negras y blanquecinas; era yeso en polvo, y casca que se habian empleado como medio de conservacion. Después, á medida que se destacaba lenta y piadosamente, vimos dibujarse la forma de una cabeza; tocábamos al sudario. Se cortó con precaucion por en medio, y vimos cuatro telas, ó una sola en cuatro dobles. Cuando se separó el sudario que envolvía la cabeza, y se mostró de repente á nuestros